

RECENSIONES

FRANCISCO JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN, *Los griegos. Un legado universal*, Alianza Editorial, El libro de bolsillo; Humanidades, Historia, núm. 4214, Madrid, 432 pp. ISBN: 84-206- 5605-4.

Autor prolífico donde los haya (en solitario o en múltiples colaboraciones) dentro de diversas facetas de los estudios clásicos como los manuales de latín (2001) y griego (2000, 2003), la cultura clásica (1990, 1995) con sus recursos didácticos (1997, 2002, 2003), la historia de Grecia (1998, 1999 2001) y la transmisión a Occidente de la figura de Alejandro (1997) y de la imagen del antiguo Egipto (1997, reed. 2003). En esta ocasión nos presenta cómo se ha realizado el legado griego y un buen número de atinadas reflexiones generales. No obstante, no se trata de otro libro sobre la tradición clásica, aunque dichos temas se hallen presentes, sino de un meritorio intento por establecer la auténtica dimensión histórica de la imagen tradicional de los antiguos griegos, de nuestra relación con ellos como pasado imaginario y de las razones que pueden justificar su presencia entre nosotros.

El primer capítulo trata de lo que nos separa de los griegos. Advierte que la diversidad era la característica más definitoria de la civilización griega (desmitifica su unidad lingüística, política y religiosa) por encima de la falsa impresión de uniformidad que han producido siglos de idealización de una forma indiscriminada y acrítica. A continuación se ocupa de reseñar la deuda griega hacia el Próximo Oriente (cap. 2) y de matizar el concepto de «milagro griego», nacido como una de las nefastas consecuencias de la separación entre los estudios bíblicos y la filología clásica. A destacar el buen uso del conocido libro de E. Said y las justas críticas a la *Atenea Negra* de M. Bernal (p. 66- 70). Continuando con el mismo argumento, analiza la imagen griega del «bárbaros» (cap. 3) desde las colonizaciones a la época helenística siguiendo los pasos de F. Hartog y A. Momigliano. Su objetivo en esta parte de la obra es mostrar cómo los griegos veían a sus vecinos y viceversa. Por tanto, afronta también el tema de la compleja relación entre los griegos y sus conquistadores romanos (cap. 4), esos «bárbaros» de Occidente que, a diferencia de los de Oriente, los sometieron políticamente. Juego de espejos en el que el autor sabe sacar partido, por ejemplo, de las sutiles diferencias entre los héroes griegos (mundo mítico) y romanos (mundo histórico) (p. 148-149). En el caso de judíos y cristianos (cap. 5), la distancia que los separaba del mundo griego no era tanto geográfica como mental y, por tanto, más que de las respectivas influencias traía una historia de los mutuos recelos e ignorancias. A mi modo de ver, estos cinco primeros capítulos –la mitad del libro– forman una unidad bastante coherente. Son una exposición de la auténtica realidad griega antigua, de las relaciones con sus vecinos (Oriente, Roma, judíos) y de su paulatina desintegración a través del doble filtro romano y cristiano.

A partir del capítulo sexto el libro cambia de registro e incluso de estilo. El aporte de datos (citas de autores y obras) se hace de golpe apabullante y las reflexiones personales, muy interesantes por cierto, van llevando al lector hacia los goces y las sombras del complejo mundo del clasicismo. En algunos casos esta avalancha de

datos dificulta el seguimiento de la argumentación. En cambio, en otros se echan en falta más información sobre la Península (pienso, por ejemplo, en las aportaciones de E. Valentí en *Els clàssics i la literatura catalana moderna*, 1972). De la larga exposición sobre la tradición griega en la cultura (literaria) occidental (cap. 6) destaco en particular el apartado sobre Winckelmann y el helenismo romántico (p. 260-68) y planteo una objeción general ¿hasta qué punto se puede separar siempre y en todo momento el legado griego del romano? Sobre el aprendizaje del griego (cap. 7), advierto cierta contradicción entre el apartado 7.1 (fascinación por el griego) y el 7.2 (enseñanza antipedagógica del griego). ¿Cómo explicar entonces las delicias de un saber que era tan mal enseñado? Por otra parte, el honesto autor deja bien claro que no hay nada en la fonología, la morfología, la sintaxis o el léxico de una lengua, incluida el griego, que sea por sí misma portadora de prestigio o una supuesta superioridad mental del pueblo que la habló, pues el prestigio de una lengua lo dan los logros conseguidos por sus hablantes o la literatura que produjo. Así pues, más allá de la lengua griega –dice el autor–, el objetivo de su aprendizaje se halla en la comprensión efectiva del saber que algunos griegos han dejado como legado. Sin duda el tema de las reformas de la enseñanza de las lenguas clásicas y los debates educativos que esto genera son de plena actualidad como muestra el reciente libro de F. Rodríguez Adrados (*Definiendo la enseñanza de los clásicos griegos y latinos*, 2003). Otro aspecto de este legado es la imagen transmitida por la literatura de viajes, las historias de Grecia y el turismo cultural (cap. 8) de las que se hace aquí una sistemática exposición y una severa crítica de aquellos viajes que se deslizan entre lo real y lo imaginario, sin que la diferencia tenga especial relevancia en la conciencia de un turista que, por regla general, busca renovar su compromiso con unas reliquias laicas cuya precisa significación histórica carece de importancia real. Para enriquecer las reflexiones sobre estos tres capítulos sigue siendo útil volver al libro de G. Highet. (*La tradición clásica*, 1949, ed. cast. 1954) y a la larga y excelente reseña que le dedicó M.R. Lida de Malkiel (*La tradición clásica en España*, 1975). El primero afirma que cada época toma de la Antigüedad lo que le place. En nombre de Grecia se pretendió en el siglo XVII el más estricto formalismo literario porque, después del arte informe de la Edad Media y del arte tumultuoso del Renacimiento, los artistas aspiraban a un orden riguroso; y en nombre de Grecia se predicó a comienzos del siglo XIX la libertad artística porque, tras siglos de absolutismo, los románticos ansiaban «naturalidad» y libertad artística, política y moral (Highet). La segunda añade que el «influjo» grecorromano no es un influjo que mane de Homero o Virgilio con virtud de vivificar y ennoblecer cuanto toque, sino un juego complejo en el cual tanto o más importante que la belleza del arte clásico son las circunstancias de su acogida. Es el estado de ánimo de la época, por así decirlo, lo que determina la fecundidad del influjo de la obra antigua, no solo el carácter intrínseco de ésta (Lida de M.).

Cierra el libro un ensayo sobre el presente y futuro del legado griego (cap. 9). Aquí su autor se lamenta de las inútiles y estériles *querelles* que enfrentan a los paladines de los nuevos saberes psicopedagógicos o a los simples y patéticos gurús de la inanidad con los peligrosos defen-

sores a ultranza de la continuidad, nostálgicos de los viejos tiempos. Comparto con él la sentencia de que los griegos no eran como nosotros en casi ningún aspecto, y que las barreras levantadas entre su visión del mundo y la muestra por el cristianismo y las revoluciones francesa, industrial y soviética separan inexorablemente el mundo de los griegos de la mucho más compleja realidad actual. Mis únicos reproches son que en algunos momentos transmite un pesimismo casi apocalíptico sobre la crisis de la civilización actual (p. 373 o, en del cap. anterior, p. 318) y que podía haber ahondado más en las perversiones del clasicismo. Aunque hace una llamada a superar la barrera que siglos de erudición han construido entre los griegos y nosotros, y crítica la *Altertumswissenschaft* definiéndola como una ciencia poco asequible y en ocasiones deliberadamente oscura, elitista y esotérica, a mi juicio el tema daría para un capítulo aparte ya que la literatura al respecto no falta (véase entre otros el libro de L. Canfora, *Ideologías de los estudios clásicos*, 1991), y el anecdotario es lamentablemente rico; por ejemplo A. Schulten se negaba a que las *FHA* incluyeran una traducción de los textos, alegando que era innecesario pues quien no supiese griego ni latín no debía dedicarse al estudio si no simplemente suicidarse.

El conjunto se completa con 29 páginas de referencias bibliográficas comentadas, muy útiles, agrupadas por capítulos, en las que difícilmente se encuentran ausencias significativas. Ahora bien, como a lo largo de los nueve capítulos del libro el autor se ha movido en espiral, replanteando temas y autores ya tratados, se echa en falta un índice analítico completo para evitar que el sufrido lector tenga que espigar nombres como el de la imponente crátera de Vix, citada como ejemplo del talento artístico de los artesanos griegos (p. 50), testimonio de los aventureros helenos que se arriesgaban tierra adentro (p. 106) o muestra de la fascinación por lo griego entre las elites indígenas (pp. 130, 325). También debo hacer notar que, en mi modesta opinión, el libro peca de un estilo desigual en el que abundan las frases excesivamente largas (por ejemplo pp. 66, 260, 318) junto a expresiones poco afortunadas como: «no es oro todo lo que reluce» (p. 187), «hacer la vista gorda» (p. 220), «apretar las tuercas» (p. 222) «no querías café. ...» (p. 373). Claro está que estas objeciones no empañan el sublime propósito que se ha impuesto el profesor Gómez Espelós: situar a los griegos en la perspectiva histórica adecuada.

JORDI CORTADELLA

Universitat Autònoma de Barcelona

ERAN LUPU, *Greek Sacred Law. A Collection of New Documents* (NGSL) (Religions in the Graeco-Roman World 12), Leiden, Boston 2005 (Brill), 499 págs., 34 figuras. ISBN 90-04-13959-1

Los especialistas de la religión griega en cualquier aspecto, lugar o época, se encuentran a menudo con una *lex sacra* entre los textos que estudian. Por ello este libro será sin duda muy bien recibido por todos estos estudiosos, ya que cubre una doble laguna. Ofrece un corpus de 27 nuevas inscripciones aparecidas con posterioridad a los *corpora* hasta ahora existentes (el de Prott-Ziehen del s. XIX y los tres volúmenes de Sokolowski de 1955-1969) y un estudio, inexistente hasta ahora, sobre el corpus completo de leyes sagradas con el fin de organizar, clasificar y proporcionar una visión global del conjunto del material. El libro empieza con una revisión de los *corpora* existentes y una definición del corpus global como

conjunto de documentos de tipo prescriptivo que no se definen por un aspecto formal ni de género, sino por su contenido de carácter sacro y su intención de carácter legal. Los documentos, que pueden o no ser formalmente legislativos, regulan la celebración de los cultos y las actividades religiosas de naturaleza normalmente recurrente. El material está clasificado y analizado según su contenido, generalmente dedicado a un aspecto concreto y, dentro de éste, global o específico: los santuarios y espacios sagrados (cuestiones referentes a la entrada en el santuario como la pureza ritual, exigencias catárticas, objetos o acciones prohibidas, pureza espiritual; restricción o prohibición de la entrada; protección de los santuarios; protección, emplazamiento y reutilización de las dedicaciones y exvotos; fundación, construcción, reparación y mantenimiento de los santuarios), el personal cultural (modo de adquisición del sacerdocio, cuestiones relativas a otros oficiantes); celebración del culto (especialmente cuestiones referidas a los sacrificios, que a su vez pueden ser periódicos —sobre los que los calendarios constituyen un tipo especial— o sin fecha determinada); leyes funerarias (prescripciones sobre la purificación); finanzas culturales (gastos, impuestos, ingresos); fundaciones culturales estatales y, sobre todo, privadas; asociaciones (culturales, de fratras y gene); festivales y ceremonias (sacrificios, procesiones, juegos, treguas sagradas, provisión e inspección de las víctimas, distribución y consumo de la carne, a veces ritos). Cada uno de estos apartados se ilustra con la mención de inscripciones del corpus (entendiendo por tal el conjunto de los *corpora* de leyes sacras). Algunas son objeto de un comentario más detallado por su importancia para un determinado aspecto, como la famosa ley de purificación de Cirene, el decreto de la confederación acarnania que regula la celebración de las Actias en la ciudad de Anaktorion, la larga inscripción que regula los misterios de Andania, o la inscripción de Magnesia del Meandro que regula el festival en honor de Zeus Sosípolis. Se echa de menos la mención de alguna inscripción de interés para el tema que, precisamente por no haber sido recogida en ninguno de los *corpora* existentes, podría haber encontrado en este estudio el lugar para darse a conocer como prescripción sacra. Es el caso por ejemplo de la dedicación de una estatua a Zeus Baradateo en Sardes (s. IV a.C.) con la prohibición a los *neokoroi therapeutai* que tienen acceso al *adyton*, de participar en los misterios de Sabazios, Agdistis y Ma (SEG XXXVI 1089; citada en el apéndice II). La inscripción sería un ejemplo de regulación de las funciones culturales de personal diferente de los sacerdotes, sobre las que no hay muchos documentos (v. págs. 53s.). A lo largo del estudio se pone de relieve a menudo la limitación inherente al material, que hace con frecuencia difícil su adscripción a un apartado u otro, o incluso al conjunto del corpus. En el apartado dedicado a la fundación de santuarios el autor considera la posibilidad de que la inscripción relativa a la fundación del Archilocheion en Paros (s. III a.C.) en honor del poeta Arquíloco, siguiendo las respuestas a una consulta oracular en Delfos, no sólo registrara la fundación sino que funcionara además como una *lex sacra* que regulaba la consiguiente práctica cultural. En la inscripción nada nos induce a considerarla como una ley sacra, pero el simple planteamiento es motivado por una particularidad de estos testimonios que Lupu pone de relieve, sobre todo, en relación con la celebración de festividades sacras, y que es de gran importancia para entender y tratar estos textos. Cualquier celebración cultural es resultado de una tradición, y por tanto de una acumulación de prácticas, costumbres, usos, normas y todo aquello que queda enmarcado en el término *nomos*. Por ello, las prescripciones sólo tenían que referirse a cuestiones particulares,

siendo gran parte de los detalles bien conocidos por la sociedad participante en el culto y a menudo recogidos en la expresión *katà; tà; pavtria*. El mismo problema plantean desde mi punto de vista los calendarios de sacrificios y festividades que Lupu incluye entre las prescripciones relativas a la celebración cultual. Son textos informativos o recordatorios que implican una prescripción posiblemente ya conocida por el lector. Sin duda son testimonios indirectos de gran valor para conocer las regulaciones sacras, igual que otros que quizá merezcan un tratamiento especial en este sentido, como las menciones de transgresiones rituales en dedicaciones religiosas, muy abundantes por ejemplo en los textos confesionales anatolios de época imperial. A lo largo del análisis se pueden entresacar algunos temas de gran interés, como la forma en que se exponían los documentos (en *horoi* o mojonos situados en los límites de las tierras las prescripciones que regulaban la entrada o las actividades a realizar en determinadas propiedades sacras; en el lugar donde se celebraban o en los mismos altares las regulaciones de sacrificios); los motivos para la creación de una nueva *lex sacra* (en relación con las festividades cultuales puede tratarse de la creación de un nuevo festival, pero también de la reorganización de uno existente debido al renacer del interés antes perdido, a una refinanciación, a un ascenso de categoría, por ejemplo al paso de festival local a regional, a un incremento de la popularidad o a modificaciones en los cultos); las características formales de los documentos, como las de los contratos de venta de sacerdocios o de los calendarios de sacrificios; las particularidades de determinadas zonas (en Rodas helenística la exposición de extractos de calendarios públicos en el lugar del sacrificio al que atañen —cf. n° 16 en el presente *corpus*, con características formales de estos documentos en el comentario—; en Cos los contratos de venta tienen unas características formales particulares, y hay sacrificios obligatorios para personas de una determinada profesión, especialmente granjeros y ocupaciones relacionadas con el mar; Atenas es la cuna de la mayor parte de las prescripciones de asociaciones cultuales, relacionadas con cultos extranjeros). Quizá del estudio de las particularidades propias de determinadas épocas se pudieran llegar a establecer unas tendencias generales en la evolución de las *leges sacrae* desde el s. VII a.C. hasta el III d.C. El autor menciona por ejemplo que las prescripciones de pureza espiritual para entrar en un santuario son generalmente tardías, lo que merece ser puesto en relación con una tendencia general de la religión griega y con la influencia oriental, o que las prescripciones que atañen a festivales motivadas por un renacer del interés en determinado culto datan todas a partir del s. II a.C., lo que hay que interpretar en un contexto religioso, histórico y social determinado.

La segunda parte y la más extensa del libro contiene la reedición de veintisiete inscripciones publicadas con posterioridad al *corpus* de Sokolowski, con exclusión de las *leges sacrae* minorasiáticas y de Cos. El *corpus* está organizado geográficamente: cinco inscripciones de Ática, una de la Argólida, dos de Arcadia, cuatro de Beocia, dos de Macedonia, una del Quersoneso, dos de Rodas, dos de Samos, una de Quíos, una de Tasos, tres de Creta y tres de Sicilia. Excluye las inscripciones relacionadas con el culto a los muertos y con el culto a los gobernantes. Como señala el propio autor, la selección de los textos puede ser discutible. Él mismo indica que una estipulación ocasional en materia de religión o culto no cualifica un documento como *lex sacra*, pero utiliza un concepto bastante amplio del término, incluyendo por ejemplo calendarios de sacrificios (23, v. *supra*) o documentos que sólo en parte contienen prescripciones cultuales, como la ley gimnasiárquica de Berea (14), los estatutos de los

vendedores del Heraion de Samos (19), referentes principalmente al alquiler de las tiendas del santuario, o el decreto de reconciliación aparecido en Nakone en Sicilia (26), con normas en las últimas líneas (II.27-33) en relación con el sacrificio anual a la diosa Homonoia. Los testimonios más numerosos son prescripciones sobre la celebración de sacrificios (1, 3, 9, 10, 16, 21, 24, 25). El n° 23 es un calendario de sacrificios, el n° 20 regulaciones sobre la parte del sacrificio que corresponde a la sacerdotisa y el n° 2 sobre el alquiler de las canteras de Eleusis para poder realizar mejor con esos ingresos los sacrificios a Heracles en Akris. Aparte hay regulaciones de entrada en los santuarios (4: prohibición de objetos; 7 y 8: exigencias catárticas); regulación de un oráculo (12), de cultos (11, 13); una ley sobre suplicantes (17, cf. 27), una catártica (27), otra sobre venta de sacerdocios (19) y una que regula el consumo de bebida en la celebración cultual.

Casi todos los documentos son de época prerromana, la mayor parte helenísticos. Cuatro inscripciones datan de los ss. VII-VI a.C., cuatro de los ss. V-IV a.C., trece de los ss. III-I a.C., y sólo dos son de época imperial. La escasez de testimonios imperiales está relacionada con la extensión geográfica del *corpus*, y se vería sin duda paliada con la inclusión de testimonios minorasiáticos.

La edición de los textos es muy completa, con lemata muy detallados siguiendo la metodología epigráfica actual, con inclusión de abundante bibliografía separada en ediciones, comentarios y fotografías; con amplio aparato crítico y comentario epigráfico exhaustivo; traducción y comentario de contenido. A lo largo de los distintos comentarios de contenido aparecen cuestiones de gran interés para el estudio de la religión griega. Véanse por ejemplo los comentarios sobre determinadas fiestas cultuales (como las Plynteria, Diasia y Proerosia: 1, las Ptoia: 11, festivales de reconciliación: 26, las Hermaia: 14, 15) dioses (Zeus Katabaites: 1, Eileithyia: 20, las Meteres: 23, Zeus Eumenes, Zeus Meilichios, los Tritopatores: 27), relación de la vida religiosa con la civil (con la educación: 4, 14, con la vida comercial: 18, con la política: 26, con la organización tribal: 16), la figura del suplicante (17, 27), privilegios y prohibiciones a los sacerdotes (20, 22). También se tratan cuestiones interesantes de terminología (*platiuoinoi* y *platiuoinarchoi*: 6, *hemysykteus*: 20, *adelphothetiai*: 26, *elasteros* y *autorrektas*: 27).

Las regulaciones de sacrificio en n° 1 son uno de los mejores especímenes de su género. Es un texto muy completo, con lista de meses, festivales, divinidades y tipo de sacrificio. El n° 5, los estatutos de un *eranos*, es interesante por ser una de las pocas *leges sacrae* conocidas en Ática de época imperial y por tratarse de un documento conservado entero y con un contenido substancial, aunque por desgracia con mucho detalle omitido, posiblemente por ser obvio para el público, lo que hace su interpretación problemática. La inscripción n° 17 de Lindos es de gran interés por las similitudes que presenta con la sección sobre los suplicantes de la ley catártica de Cirene, y también con algunos elementos de la segunda parte de la de Selinunte (27). Esta *lex sacra* de Selinunte es uno de los documentos con descripción más detallada sobre el ritual de sacrificio y catártico y con varios elementos de gran interés para el estudio de los cultos. La ley de Eleutherna en Creta (22) sobre la bebida de vino con distinta regulación para los ciudadanos y para el sacerdote destaca por ser única en su contenido. La ley de Nakone (26) es el único testimonio escrito de esta ciudad, sólo atestigüada por las monedas, Estéfano de Bizancio y la Suda.

El libro termina con dos apéndices dedicados a la tarifa púnica de Marsella y a un listado de los nuevos documentos de Asia Menor y Cos. A ello se añaden unas

concordancias entre los distintos tomos de Sokolowski, el SEG y el presente catálogo; una amplia bibliografía y unos índices muy completos de palabras griegas, fuentes literarias y epigráficas y de términos tratados, y finalmente una serie de láminas con buenas fotografías de casi todas las inscripciones del *corpus*.

MARÍA PAZ DE HOZ
Universidad de Salamanca

VALDÉS GUÍA, M., *El papel de Afrodita en el Alto Arcaísmo griego. Política, guerra, matrimonio e iniciación*, Polifemo, Suppl. 2, Messina, 2005. [ISBN 88-8268-014-2. ISSN 1825-3105]

No podemos dejar de destacar entre la producción historiográfica del último año el fantástico libro de Miriam Valdés sobre Afrodita, publicado en los suplementos de la revista *Polifemo*. Fantástico por dos motivos. En primer lugar, Miriam Valdés se acerca a la figura de Afrodita desde una perspectiva plenamente histórica, más rica que la tradicional de la Historia de las Religiones, que tiende a primar el componente espiritual de los sistemas religiosos sobre los elementos sociales, políticos o económicos que también forman parte indisoluble de ellos. En segundo lugar, la doctora Valdés traza, a través de la figura de Afrodita, una imagen activa de la sociedad griega del alto arcaísmo, que imbricó a sus dioses y sus cultos en unas redes sociales caracterizadas por el cambio y el dinamismo cultural.

El papel de Afrodita en el Alto Arcaísmo griego. Política, guerra, matrimonio e iniciación trata de plantear preguntas y encontrar algunas respuestas sobre el papel de la Afrodita guerrera, un tipo cultural del que se tiene sobrada constancia durante el arcaísmo y que, sin embargo, se aparta del papel que la propia tradición griega, ya desde Homero, concede a Afrodita como diosa del amor y las relaciones sexuales. Según la doctora Valdés los caracteres guerreros de Afrodita le vendrían dados por la importancia de la guerra en el alto arcaísmo (primero para la clase aristocrática y luego para el resto del cuerpo cívico) y por la influencia de diosas orientales como Ishtar o Astarté. El mundo clásico desdibuja el papel de la Afrodita guerrera debido, entre otros factores socio-religiosos, al peligro de inversión de valores que suponía la unión de la sexualidad femenina con el poder y al cambio en la visión de la guerra.

El libro se estructura en seis capítulos. El primero sirve de introducción para situar el origen y la formación de la personalidad griega de Afrodita. Los otros cinco son un análisis, siempre cuidadoso y detallado, de la adaptación de Afrodita a distintos lugares de Grecia (concretamente Esparta, Argos, Arcadia, Corinto, Beocia y Atenas) en su doble papel de diosa guerrera y diosa del ámbito iniciático. Como bien señala la autora en la introducción, «es falaz hablar de una única Afrodita, sobre todo en el ámbito ritual y de culto». La diosa es multiforme, como las sociedades que la hacen suya y que la adaptan a sus necesidades e intereses los cuales, por supuesto, varían con el tiempo y las circunstancias. No existe una Afrodita arcaica, sino muchas, y es esa multiplicidad la que estudia con éxito la doctora Valdés.

Como muy acertadamente destaca la autora tanto en la introducción como en el primer capítulo («Formación de Afrodita: origen y expansión»), el origen de una deidad, un culto o un rito tiene poca importancia *per se*. Lo realmente interesante es analizar cómo esa deidad, culto o rito se imbrica en las estructuras sociales de la cultura

que lo acoge y lo hace suyo, convirtiéndolo en algo distinto de lo que fue (puesto que cumple funciones diferentes para personas distintas) y de lo que será, ya que el paso del tiempo lo modificará igualmente para adaptarlo a las nuevas necesidades. La hipótesis de partida de la doctora Valdés, que desarrolla con soltura a lo largo de este primer capítulo, es que Afrodita se formó como deidad (sin negar la herencia creto-micénica y oriental) en Chipre a finales de la Edad del Bronce y principios de la Edad del Hierro a partir del contacto de las poblaciones griegas y cretenses, expandiéndose desde entonces por toda Grecia e interactuando de modo distinto con cada una de las comunidades que la hicieron suya. Dicha expansión se produjo en dos oleadas: la primera en el s. XI desde Chipre y la segunda en los siglos X e IX también desde Chipre pero con gran influencia fenicia. Fue durante ésta última cuando se conforma la imagen de la Afrodita guerrera, que se desarrolla a lo largo de los siglos IX-VII.

El capítulo II («Culto de Afrodita en Esparta en el alto arcaísmo») desarrolla con minuciosidad el doble papel de diosa guerrera y diosa iniciática que tiene Afrodita en Esparta y sus colonias (especialmente Tarento). Aunque la presencia de una Afrodita espartana relacionada con la guerra no aparece en las fuentes hasta el s. III a. C., se supone que existía ya un culto a esta deidad en época arcaica y que era adorada junto con el Apolo Amicleo, al que acompañaban también otras deidades femeninas como Ártemis o las Cárites, en una conjunción de culto iniciático, guerrero y de consolidación social y normativa que domina todo el arcaísmo espartano. La Afrodita espartana refleja las relaciones entre sexos y la imagen que de la mujer desarrolló la sociedad lacedemonia. Es significativo el hecho de que en aquellos lugares (como Esparta) en los que se mantuvo durante más tiempo el culto de la Afrodita armada las mujeres tengan una mayor presencia social y una mejor situación jurídica.

Posiblemente en relación con la apertura al comercio oriental en los siglos VIII-VII se produjo en Argos la introducción del culto de una Afrodita ligada a la guerra y al matrimonio, así como a la iniciación y al travestimiento (estos dos últimos fenómenos están presentes en las famosas fiestas argivas conocidas como *Hybristika*), como desarrolla la autora en el capítulo III («Afrodita en Argos y Arcadia»). El culto argivo de Afrodita, que suele verse acompañada por Ares, estaría asociado, al igual que en Esparta, con la emergente aristocracia guerrera, así como con los rituales femeninos vinculados al matrimonio, materializando una reflexión sobre el papel de las mujeres en el seno de la sociedad. Destaca la importancia de la Afrodita *Nikephoros* (epíteto guerrero generalmente asociado a Atenea) que presidía el ágora argiva junto al Apolo Licio. Por su parte, en Arcadia la diosa, ligada, al igual que en Argos, a Enialio/Ares, pero también a otras deidades femeninas como Atenea, protagoniza también rituales de trasgresión y reversión, especialmente para mujeres. Este tipo de cultos se ven reflejados en el episodio histórico de Marpessa que podría esconder una realidad de culto a la Afrodita armada unida a Enialio y que podría remontarse a época arcaica, siendo utilizado por las aristocracias tegeatas como un modo de forjar identidad frente a Esparta. De nuevo observamos en este culto las influencias orientales y la adaptación de esta a la cultura griega propia del alto arcaísmo.

En Corinto Afrodita es la diosa políada por excelencia aunque las presencias divinas de Hera, Atenea y Poseidón compartan protagonismo con ella. Asentada en la Acrocorinto desde finales del s. VIII o principios del VII protege la ciudad y a sus habitantes, como se analiza

con precisión en el capítulo IV («La Afrodita de Corinto»). La Afrodita corintia posee rasgos característicamente orientales entre los que destaca su faceta como diosa del amor vinculada a la guerra y con tintes «agresivos» y la existencia de la prostitución sagrada, aunque dicha prostitución tenga en Corinto un sesgo más profano que en Oriente. Aunque Atenea irrumpe con fuerza como deidad guerrera en los cultos corintios y se la representa en relación dual con Afrodita en algunas ocasiones, los corintios nunca dejaron de pedir la protección valerosa y la victoria a la diosa Afrodita.

También en Tebas Afrodita era adorada en lo alto de la Acrópolis, en la Cadmeia, donde se encontraban tres *xoana* de la diosa conocidos con los epítetos de Urania, Pandemos y *Apostrophian*. La relación con la guerra, como explica la autora en el capítulo V («Afrodita y Ares en Beocia») le viene dada a través del epíteto Urania y quizás a través del de *Apostrophian*, que algunos autores interpretan en un sentido militar. Además, en Beocia Afrodita está íntimamente unida a Ares, dios de la guerra, con quien tiene una hija, Harmonía, que se une a Cadmo, rey de Tebas. Esta unión hierogámica tuvo lugar precisamente en la Cadmeia. Además, Afrodita tuvo en Tebas una especial relación con los polemárcos desde el arcaísmo en adelante. No obstante, Afrodita conserva en Beocia atribuciones más relacionadas con la fertilidad, la realeza y lo ctónico, perdiendo parte de su eficacia guerrera en beneficio de Atenea, que estaba íntimamente unida a Beocia como diosa de la guerra.

En Atenas es la diosa políada, Atenea, la que acapara las atribuciones guerreras, como concluye la doctora Valdés en el último capítulo, «El culto de Afrodita en Atenas en el alto arcaísmo». Afrodita, por su parte, permaneció ligada durante el s. V a aspectos como el travestimiento, la fertilidad y el matrimonio. Sin embargo, es posible que en el s. VII (e incluso antes, ya desde época micénica) existiese un culto a una Afrodita armada en la zona de la Acrópolis que en época clásica ocuparía el culto a Atenea Niké. Durante el alto arcaísmo el papel político de Afrodita en relación con la reunión cívica y militar del *demos* y su vínculo con los efebos se expone a través del mito de Teseo, que fundó el culto a la Afrodita Pandemos con motivo del sinecismo que dio lugar a Atenas.

A lo largo de la obra, de calidad científica innegable, sólo se echa de menos, en ocasiones, un apéndice de imágenes a través del cual constatar las teorías de la autora, basadas a veces en las representaciones conservadas de la diosa o en la situación de sus templos en el entramado urbano. Planos de situación, fotografías o reproducciones harían aún más fácil e instructiva la lectura de este libro. En compensación, la bibliografía incluye numerosas referencias a las obras en las que pueden hallarse dichas imágenes, así como a una gran variedad de ellas relacionadas con el culto a Afrodita y la formación de las sociedades griegas del alto arcaísmo, convirtiéndose de este modo en un referente para el estudio, la profundización y la reflexión sobre la materia de análisis.

En conjunto, estamos ante una obra cuidada, editada con dedicación y afán científico, que, gracias a la calidad del texto y a la presentación del mismo (un diseño sencillo y manejable), sin duda contribuirá a forjar una imagen más social y socializante, más integral e integradora de la Historia de las Religiones en general y de la figura de la diosa Afrodita en concreto.

M^a CRUZ CARDETE DEL OLMO
Departamento de Historia Antigua y Arqueología
IH-CSIC

JAVIER JIMÉNEZ ÁVILA, JOSÉ ORTEGA BLANCO, *La cerámica griega en Extremadura*, Cuadernos emeritenses 28, Mérida 2004. 310 pp., ISSN: 1695-4521.

La cerámica griega hallada en Extremadura se ha tardado en descubrir e interpretar. Su conocimiento llevaba un retraso considerable en relación con otras áreas peninsulares. Algo similar había ocurrido, hasta fecha reciente, con los hallazgos griegos en Portugal, con la notable excepción de Alcacer do Sal. El amplio catálogo de Gloria Trías, de 1965, silenciaba a Extremadura. Casi cuarenta años más tarde, el libro de Javier Jiménez Ávila y José Ortega Blanco cambia radicalmente el panorama. La cerámica de una veintena de yacimientos extremeños es dada a conocer y es aquí bien analizada. Las singularidades marcan la pauta. El libro está lleno de casos singulares, que los autores, minuciosamente, con conocimiento, con asombro y con cariño han ido desmenuzando a lo largo de su texto.

Singular fue en su día la kylix ática de la necrópolis de Medellín, la primera pieza griega del área, que publicó M. Almagro-Gorbea en 1969. Se acompañaba del descubrimiento paralelo del llamado mundo «orientalizante» y de unas rutas que confirmarían los contactos con emporios indígenas del Sur atlántico, como poco después nos mostraría Huelva. Un objeto de características tan delicadas como la frágil kylix de labio marcado y alto pie requería una forma de transporte especial. En la inscripción en griego sobre el cuenco la misma copa se presentaba a sí misma como un hermoso vaso de bebida: una forma de establecer, entre los mejores, un convenio o pacto de amistad. La kylix de Medellín suscitó además por entonces la posibilidad de acercarnos a las imágenes importadas a través de su reinterpretación por los ojos locales. Al dotarlas de otra mirada se iluminaba la lectura propia del príncipe, no la mecánica lectura griega y su recepción pasiva por el indígena, como había predominado en la investigación hasta entonces. A partir de la copa de Medellín este nuevo tipo de aproximaciones y conjeturas se ha convertido en habitual. No lo era entonces.

El libro reúne material ya conocido como el citado, pero también muchos otros inéditos, fruto tanto de excavaciones propias como de otros. El estudio se desarrolla a través de las sucesivas fases cronológicas, desde el temprano arcaísmo, el siglo V, y una tercera y última fase, más escueta, el IV. El objetivo de los autores es mostrar un panorama regional amplio, como el que se ha hecho en otras áreas, pero su finalidad, sobre todo, es ayudar a comprender aspectos sociales y económicos de la Edad del Hierro en Extremadura. El marco espacial no es un corsé rígido y a veces requiere escaparse fuera de Extremadura para abrirnos a otros ámbitos limítrofes u otros espacios geográficos naturales. Hay alusiones frecuentes a yacimientos de Huelva o del entorno del Tajo, espacio por cierto tan mal conocido y tan diverso (p. 164).

La clasificación se acompaña del análisis minucioso y comparativo, que nos abre al panorama de la interpretación histórica. La autopsia de cada documento y de cada contexto es la norma, allí donde ha sido posible. Si no, transmiten el dibujo o la información disponible con honestidad, descargando su responsabilidad en lo que han dicho otros, previo aviso al lector. La pulcritud del dato es esencial. Un ejemplo, por muchos otros: el aríbalo corintio con una sirena de Medellín. Los editores incluyen la reconstrucción de M. Almagro-Gorbea como tal sirena, lo que es altamente probable, pero ellos vuelven a ofrecernos el propio calco de lo que hoy realmente ven, mucho más somero (p. 21, fig. 2).

Clasificar no es fácil y sólo una familiaridad con los materiales permite reconocer los talleres, las decoracio-

nes y las formas: investigar no deja de ser el viejo ejercicio del reconocer, que es también ampliar paulatinamente el reconocimiento. Lejos, por tanto, de estar cerrado este trabajo, se abre una pauta que servirá para multiplicar en estos próximos años otros hallazgos de cerámica griega en Extremadura.

Los autores no se limitan a incluir lo estrictamente griego sino también aquello que se ha considerado, con mayor o menor acierto, convicción y vaguedad, de forma y estilo griegos, como el famoso y enigmático cerno con la prótome de ciervo de Mérida (pp. 93-98). Ello les lleva a veces a una tarea deconstructora de hipótesis débiles o inseguras y de tópicos previamente formulados. Se introduce en estas ocasiones algún que otro excursus o incursión historiográfica, como las menciones de vasos italogriegos supuestamente procedentes de Trujillo, hoy en el Museo Arqueológico Nacional. Esta procedencia, con razón, evidentemente se descarta (p. 60-1, láms. XXXIX y LX). Su inclusión en el libro tendría tan solo la justificación de prevenir al lector poco familiarizado de aquellas viejas atribuciones mal fundamentadas.

Nos hemos referido a la individualidad de los hallazgos. Y es inevitable hablar como tal de la mayor masa homogénea de cerámica ática detectada en un yacimiento cerrado de la Península Ibérica, la hallada en el edificio de Cancho Roano. La extraordinaria acumulación requiere una explicación, lo que no es fácil: ¿qué significa esta repetición de formas como la copa de Cástulo, negra y probablemente sometida a una estricta metrología, las copas de Figuras Rojas, la mayoría atribuibles a un mismo momento, o los repetidos escifos de guirnalda sobrepintadas en blanco? Dentro de este período unitario se apuntan diferentes grupos o cargamentos para la peculiar forma llamada de Cástulo, tal vez tres sucesivos envíos que llegarían en el barco apilados. Se distinguirían por su tipología, por sus mismas texturas, por la decoración de círculos en la base, e incluso por las arcillas, un estudio realizado analíticamente por F. Gracia. Pero, sobre todo, ¿cuál el diálogo de las presencias junto con el no menos relevante de las ausencias, por ejemplo la gran cratera decorada con figuras rojas, que tal relevancia social parece establecer, por ejemplo, dentro del mundo aristocrático de la Bastetania? Hubo, sin duda, una motivación poderosa que en Cancho Roano gobernó la selección y la acumulación repetitiva. Frente a las copas áticas de figuras rojas del Este peninsular o del Sureste de Andalucía, con una sobreabundancia monótona de *kylikes* con jóvenes desnudos entre surgimientos florales o de atletas sólos o conversando, aquí solo encontramos el motivo del joven completamente envuelto en su manto, junto con un medallón de cabeza femenina con *sakkós*, la lechuza ática, frontal, junto al olivo, el cisne alzando el vuelo, aleteando, motivos que se relacionan con otros ejemplos del sur peninsular en el último cuarto del siglo V, lo que permite establecer relaciones diversas (fig. 32 y láms. XX-XXII). Se trata siempre de figuras aisladas, no en grupo (¿a quién representan o qué universo figurativo proyectan?). Interesan en estos casos las rutas del comercio, que relacionan Extremadura con otras áreas coetáneas. Ya en el caso anterior de los arribalos, del siglo VI, el mapa de dispersión de esta forma por la Península nos permite entender mejor el ambiente del aribalo naucrático de Cancho Roano, al compararlo con hallazgos como el de Bobadilla (Jaén). Pero en el siglo V las mismas copas singulares de figuras Rojas de pie bajo crean vínculos formales e iconográficos con otros testimonios aislados en el Sur Peninsular: la copa de la lechuza es asociada a los paralelos de Castellones de Ceal (Jaén) y Alarcos (Ciudad Real). Presencias y ausencias permiten proponer redes de comunicaciones diversas: una de ellas es la ruta del Guadiana y del sureste (con preferencia aquí sobre la del suroeste,

también rastreable en otros casos) (p. 122). Extremadura aparece ahora como una clave para comprender fenómenos más amplios, no solo extremeños sino de otras zonas.

En las comparaciones interesan siempre las similitudes y las diferencias. Cancho Roano es precisamente un ejemplo acumulativo, muy singular, de estas diferencias. Las normas simbólicas de representación y de uso son claramente otras: las mismas funciones de los vasos pueden transformarse de las supuestamente convenidas y originariamente otorgadas. El tema queda bien apuntado en el libro, pero en estos casos de la cerámica ática no se ha podido iluminar una posible explicación que justifique esta insistencia formal y decorativa, y la respuesta ha de mantenerse aún abierta. La sorpresa ante una situación novedosa, tan rara hoy en nuestro ámbito, podría repetirse en otros yacimientos similares como El Turuñuelo de Mérida, apenas aún conocido, una expectativa que apuntan sugestivamente los autores. En este aspecto el libro abre otras vistas posibles, no las agota. A la cerámica se asocian otros hallazgos de Grecia: de El Turuñuelo, por cierto, procede el fragmento de placa de marfil con la maravillosa figura de centauro que blande una rama del bosque, que por aquel duende incomprensible e inevitable que sigue maquinando en las imprentas aparece convertido ¡en un egipcio! en el pie de la figura 30.

El siglo IV, de mucha mayor pobreza –otro contraste con la coetánea Andalucía– a pesar del aumento de yacimientos en que se detectan vasos griegos, en particular el entorno del Guadiana, suscita el apasionante tema de la memoria del pasado. Frente al anterior espacio de los complejos monumentales el poblado fortificado será el nuevo lugar preferencial de los hallazgos, al tiempo que se incrementan los vasos hallados en necrópolis, en el período anterior tan escasos.

Aquí, de nuevo, los autores apuntan importantes sugerencias. Debaten sobre la continuidad o discontinuidad de esta tercera fase que, una vez más, se desarrolla singularmente en Extremadura. Dentro de la escasez de materiales es significativa la presencia de cabezas femeninas con *sakkós* (¿posibles *ánodoi* divinos?) en algunas copas de figuras rojas, frente a su rareza en otras áreas peninsulares. Se apunta una posible continuidad con el anterior mundo de Cancho Roano: ¿hubo una función del vaso griego evocadora de la anterior memoria, la huella de un viejo arquetipo? Los ejemplos son aún demasiado aislados, pero la respuesta del fenómeno barruntado podrá llegar un día.

La fecha límite con que los autores cierran el libro ronda el 350 a.C. Vendrá luego la época de las cerámicas campanienses. En suma: un excelente estudio.

RICARDO OLMOS
Instituto de Historia, CSIC

STEPHAN F. SCHRÖDER, *Catálogo de la escultura clásica del Museo del Prado. Volumen II: Escultura mitológica*, Madrid, 2004. 533 págs y 28 láminas en color. ISBN: 84-8480-064-4.

Finalmente ha salido a la calle el segundo y último volumen del monumental catálogo de la escultura anti-gua del Museo del Prado, una obra que ha ocupado más de diez años en la vida científica de su autor y que sirve de base más que suficiente para exaltar su labor en dicha entidad. El primer tomo, dedicado a *Los retratos*, fue

publicado en 1993, también en dos versiones paralelas —en alemán y en castellano—, y constituyó entonces una llamada de atención hacia unos fondos que, en décadas anteriores, se habían visto postergados a salas secundarias y almacenes, cuando no convertidos en mera decoración.

Actualmente, y en buena parte por los esfuerzos del Dr. Schröder, sabiamente acogidos por el director D. Fernando Checa en su proyecto museográfico, la escultura goza de una exposición digna, y ha sido objeto de particular dedicación para diversos conservadores —entre los que tengo el gusto de incluirme— y para una entidad como la Fundación Marcelino Botín, que ha financiado diversas restauraciones de importancia, por no hablar de la edición del presente catálogo, organizada desde el propio Prado.

Hoy pueden verse por tanto, distribuidas en varias salas, numerosas esculturas clásicas que reciben la atención del público. Y ello ha impulsado la aparición del presente catálogo, una obra prácticamente concluida hace casi un lustro y a la espera de una edición tan digna como la que hoy podemos celebrar. Mientras que ésta se preparaba, el autor —bien lo sabemos— ha ido actualizando sin reparo, a medida que se sucedían nuevos trabajos de investigación, ciertos datos del texto y de la bibliografía, logrando así que el resultado haya mantenido todo su frescor hasta el final de la espera.

El resultado de estos desvelos es una obra magistral en todos los sentidos. Con el presente volumen, que viene a añadirse al ya citado sobre *Los retratos* y al *Catálogo de la escultura de Época Moderna* de R. Coppel Aréizaga, publicado con el mismo formato en 1998, puede decirse que no hay hoy departamento mejor catalogado en el museo, y que esa sección aparentemente «secundaria» que en nuestra gran pinacoteca ha sido siempre la escultura resulta la más accesible a los especialistas.

Sin embargo, y por curioso que parezca, esta peculiar situación, aunque remachada por las obras que acabamos de citar, no resulta novedosa: la colección escultórica del Prado, acaso la más rica de todo el país —al menos, por lo que a la escultura clásica se refiere—, es pese a todo abarcable, de forma que ha tentado, ya desde el siglo XIX, a diversos catalogadores. El primero fue Emil Hübner, en *Die antiken Bildwerke in Madrid* (Berlín, 1862), obra que aún nos asombra: en ella se plantean ya todos los problemas de interés —origen de las piezas, distinción entre las partes antiguas y las nuevas, paralelos, orígenes griegos de copias romanas, fechas, etc.—, de forma que se marcan los surcos de la investigación posterior, según criterios que hoy se consideran universales para obras de esta índole.

Tras la aproximación de Hübner, que aún se lee con fruto, siguieron, ya en el siglo XX, los siguientes catálogos: el de E. Barrón, de 1908 —dedicado a las esculturas antiguas y modernas—; el de R. Richard, acaso el más endeble de todos, publicado en 1923 y limitado a los *Marbres antiques du Musée du Prado*; el de E. Tormo, reducido a un solo fascículo inicial (1949), y, finalmente, el de A. Blanco Freijeiro, publicado en 1957 y completado en sus ediciones de bolsillo por un capítulo sobre la escultura de la Edad Moderna, obra de Manuel Lorente. Hasta la llegada del gran catálogo que ahora presentamos, esta última obra es la que normalmente ha venido leyendo y citando los investigadores.

El salto cualitativo y cuantitativo que supone el catálogo del Dr. Schröder es, sin duda, espectacular. Si nuestro llorado maestro D. Antonio Blanco dedicaba a cada escultura unos breves párrafos, sin duda bien documentados a la luz de la bibliografía al uso en los años cincuenta, y los acompañaba con una fotografía de valor aceptable, la nueva publicación dedica a cada pieza va-

rios folios, analizando todos sus problemas, tanto formales como iconográficos. Además, se hace eco de las últimas investigaciones sobre historia del coleccionismo para fijar el origen de cada obra, analiza de forma minuciosa —y apoyándose en dibujos muy claros de L. de Frutos— cuáles son las partes antiguas de cada figura, y multiplica nítidas fotografías, realizadas por Peter Witte, que permiten rodear las estatuas y ver todos sus detalles.

El catálogo sigue un orden muy meditado e inteligente, ya que permite, con un solo vistazo, apreciar la presencia mayor o menor de un artista o un periodo concreto: si casi todos los tratadistas anteriores describieron la colección siguiendo el orden topográfico de las piezas o su número de inventario, el Dr. Schröder se alinea tras el criterio cronológico y estilístico que, dentro de sus limitaciones, ensayó Ricard, y lo perfecciona de forma drástica: comienza con las dos únicas esculturas griegas arcaicas; pasa después a las copias romanas de obras de los siglos V y IV a.C. —Mirón, Fidias y su entorno, Policeto, Calímaco, Timoteo, Escopas, Praxiteles, Eufránor y otros artistas menores—, y se introduce, al fin, en el profuso Periodo Helenístico, donde incluye, junto a las múltiples copias romanas, algún original griego. Este periodo tiene como remate varias obras decorativas de «estilo pompeyano», situadas a caballo entre Grecia y Roma.

Tras este panorama de la estatuaria helénica, sin duda la más abundante en el catálogo —171 piezas, de un total de 219—, comienza el capítulo titulado «Escultura romana ecléctica», el más conflictivo para cualquier estudioso. En efecto, importa aquí el criterio que se adopte al definir lo que es una «réplica» de una obra griega y cuántas libertades debe tomarse su autor de época imperial para ser visto como un verdadero «artista romano ecléctico». En último término, cabría incluso plantearse el espinoso problema de si hubo una verdadera creatividad romana en el campo de la escultura de dioses, o si, por el contrario, cuanto hicieron los romanos en este campo se ciñó a modelos imitados con mayor o menor fidelidad. Baste, en este sentido, analizar, como lo hace el propio Dr. Schröder, hasta qué punto la monumental *Atenea Prómachos* del Prado debe mucho o poco al arte griego de ca. 460 a.C.

Este capítulo se cierra con unas esculturas de estilo híbrido egipciante, que dan paso al penúltimo apartado: el que comienza con la *Apoteosis de Claudio* y engloba los escasos relieves funerarios romanos que custodia el museo. En cuanto al último capítulo —mínimo en su extensión, pero de gran interés cultural— analiza dos piezas que, aun contando con fragmentos antiguos, fueron totalmente completadas y reinterpretadas en el siglo XVII.

Como hemos dicho, la redacción de todo este asombroso conjunto de textos se ha actualizado hasta el último momento, y ha sido tal el prurito del Dr. Schröder en este punto, que incluso se ha permitido hacer anotaciones a su primer volumen al final del presente, para corregir ciertos datos. Este mismo interés le ha hecho documentar, aprovechando las ilustraciones en color, el estado actual de ciertas piezas que, desde la época en que fueron fotografiadas por P. Witte, han sufrido cambios de importancia a raíz de recientes restauraciones: nos referimos, ante todo, a las ocho *Musas* de la villa de Adriano en Tívoli, acaso el conjunto más conocido de toda la colección del Prado.

Sólo en un caso ha preferido el autor frenar el trabajo de su lima: se ha limitado a citar en la bibliografía el breve catálogo titulado *La donación Claudio Bravo. Veinte esculturas grecorromanas* (2000), escrito en su mayor parte por él mismo y dedicado al último conjunto de esculturas ingresado en el museo: le ha parecido innecesario incluir estas obras en el catálogo general, y nos parece

correcta su postura: dado que dicha donación incluye obras muy diversas, unas ideales y otras retratísticas, su introducción hubiera aportado más distorsiones que claridad al catálogo. Basta advertir al estudioso de esta anomalía, fácil de solventar por otra parte.

MIGUEL ÁNGEL ELVIRA BARBA
Universidad Complutense de Madrid

JEAN-CLAUDE GOLVIN et MUSTAPHA KHANOUSSI, *Dugga. Études d'Architecture Religieuse. Les sanctuaires des Victoires de Caracalla, de «Pluton» et de Caelestis*. Institut National du Patrimoine, Tunis / CNRS, Institut Ausonius, Bordeaux. Ausonius éditions. Mémoires 12. Difusion De Boccard. Imprimé en Gráficas Calima, Santander (España). 2005, 214 pp., numerosas ilustraciones en b/n y color, más gráficos, todo ello numerado empezando de 1 en cada parte. ISBN: 2-910023-52-4.

El trabajo que reseñamos se inserta en un programa concebido por el Instituto de Patrimonio tunecino para rehabilitar el impresionante yacimiento de *Tugga* y hacer en él un parque arqueológico nacional. En el empeño colabora el Instituto Ausonius de la Universidad de Burdeos. Juntos han hecho esta primera entrega científica donde se estudian sólo tres conjuntos templarios, el de las Victorias de Caracalla, el de Caelestis y el llamado de Plutón. Los dos primeros están identificados por inscripciones pero no el último, lo que conlleva una adscripción dudosa.

Se ha empezado el estudio por estos tres templos que fueron ya excavados a principios del siglo XX, aunque de ello no haya quedado casi ninguna información, y es esta carencia lo que ha provocado el estudio que se ha emprendido. Era necesario recoger y documentar en lo posible los materiales extraídos del yacimiento en los trabajos previos y proteger los muchos que todavía se encuentran *in situ*, impresionante vista para el visitante que contempla una ciudad romana en pie, y digo ciudad aunque lo que hoy vemos son sólo los restos de los cuarenta y seis edificios públicos levantados por los evergetas africanos. De ellos, treinta y uno son templos y de éstos sólo doce están identificados (fig. 1, p. 18). Los restos más antiguos se remontan al s. I dC. (el de Minerva intramuros), pero la inmensa mayoría se levantaron en los ss. II y III (Capitolio y los de Mercurio, Minerva, Saturno, Victorias, Caelestis, Fortuna, Tellus, Sol, Pietas y Neptuno). Además, el hallazgo de inscripciones de un *templum Caesaris* y un *aedes Saturni* del s. I, muestran que la monumentalización religiosa debió de iniciarse mucho antes, posiblemente ya cuando la ciudad era importante en el periodo nómada, de cuyas fechas tenemos los restos del monumento a Massinisa que conocíamos por la inscripción bilingüe.

El libro se divide en tres partes: 1ª) Les temples de Dugga et leur restitution por J.Cl. Golvin; 2ª) Le sanctuaire des Victoires de Caracalla et le sanctuaire anonyme dit de Pluton, por autores varios y 3ª) Le sanctuaire de Caelestis, también por autores varios. La primera parte contiene dos capítulos: el primero dedicado a los Templos de Dugga donde se hace un repaso de todos los restos arqueológicos e inscripciones que permiten identificar lugares sacros. Es en este capítulo únicamente —pp. 22-24— donde se proporciona un somero resumen de la

historia monumental de la ciudad y del importante tema de las superposiciones arquitectónicas. Ninguna de ellas permite defender una continuidad o *interpretatio* de dioses africanos en romanos, ni tampoco diferenciar, por el tipo de urbanismo o planificación, edificios latinos con cultos romanos de romano-africanos con cultos prerromanos. El segundo capítulo de esta primera parte se dedica esencialmente a aspectos teóricos y metodológicos sobre la restitución arquitectónica en general y su aplicación a los tres templos estudiados en la monografía.

Las partes segunda y tercera están dedicadas a las restituciones de los templos de Las Victorias, Caelestis y «Plutón», los tres de tipo itálico.

El templo de Las Victorias de Caracalla ha sido identificado gracias a la epigrafía pero parece que no estaba adornado por relieve alguno con figuraciones iconográficas que puedan confirmar la adscripción, lo mismo que ocurre en los otros templos, como veremos. El templo es de una sola cella, tetrástilo en la pronaos y con una plataforma muy amplia en la parte frontal. La cella con doble piso llevaba entre ambos un friso con la inscripción *Victoris Augustis Sacrum?*, reconstrucción posible gracias a los fragmentos encontrados.

En otras zonas del templo se han encontrado zócalos de estatuas dedicadas a Apolo, Minerva, Libero Patri, Mercurio y Neptuno. Delante se extiende un gran patio cortado por dos ejes perpendiculares. Merece resaltar que no parece haber existido un altar delante del templo ni en el patio frontal, lo cual es una importante anomalía.

El templo de «Plutón», en realidad anónimo puesto que no existe indicio alguno sobre su adscripción, es un templo itálico con podium y altar frontal. Posee una espléndida explanada delante que debe de pertenecer en parte a la reconstrucción o rehabilitación de todo el conjunto hecha en tiempos de Septimio Severo, siendo la primera elevación posiblemente del s. II.

La tercera parte está dedicada al Santuario de Caelestis, conocido desde el s. XVII y estudiado y restaurado por P. Gauckler y R. Cagnat a fines del XIX. Se trata de uno de los edificios más singulares del África Antigua. Sabemos que fue construido entre el 222 y el 235 gracias a la inscripción del frontón. Su planta semicircular iba acompañada de un pórtico curvilíneo en cuyo arquite se mencionaba a los donantes, las fuentes de financiación y un sin número de detalles como, por ejemplo, que el evergeta lo hizo en *solo privato*, precisión que la arqueología ha confirmado. Efectivamente se ha buscado debajo un santuario a Tanit que pudiera señalar la secuencia de los cultos, pero no han aparecido restos anteriores. En la cornisa se inscribieron nombres de provincias y ciudades romanas: *Dalmatia, Hispania, Iudea, Karthago*... Al salir o entrar del santuario se podía leer en varios lugares el nombre del donante. Un último capítulo versa sobre dedicación epigráfica del pórtico semicircular.

El trabajo es pues un trabajo básicamente de restitución arquitectónica, acompañado de una riquísima ilustración de dibujos, fotos antiguas y todo tipo de planimetrías, plantas y alzados, cuidadosamente realizadas e impresas. Las ilustraciones no lleven una numeración corrida en todo el volumen, sino que cada parte se inicia con fig.1, lo que dificulta el manejo. Las descripciones justificativas de la restitución ofrecida son minuciosas y bien fundamentadas. Es indudablemente un trabajo serio que promete un proyecto cultural para Dugga de primera categoría. Por ello, es más extraño que presente fallos tan sencillos de haber sido subsanados como la carencia de un capítulo inicial de historia de la ciudad, con una somera recogida de fuentes y documentación que hubiera permitido al lector conocer las etapas históricas a las que los monumentos iban a ser adscritos. El lector se encuentra

siempre en los inicios de los capítulos con una minuciosa descripción de algo que naturalmente todavía no sabe ubicar históricamente. Sólo, ya entrados en el capítulo 1º —pp. 22-24— se hace una somera historia de los monumentos al adscribirlos a fechas concretas y al discutir posibles reconstrucciones o rehabilitaciones, de manera que el lector, con gran dificultad, puede entresacar un hilo conductor. Una carencia similar existe sobre el urbanismo de la ciudad. Nos sorprende la enorme cantidad de edificios públicos, cerca de medio centenar, pero ¿y las casas, las calles, los barrios? Un plano y media página dedicados a presentar la ciudad hubiera enriquecido el libro para todos.

Sí son de gran interés los comentarios de pp. 23-24, más bien unas conclusiones, en los que queda claro la falta de una continuidad religiosa de la ciudad nómada y la romana. Tan sólo el templo de Saturno puede decirse que ocupa el lugar del de Baal y el de Caesar el de Massinisa. Desde el punto de vista civil también el foro se construye sobre la plaza pública anterior. El resto de los edificios no señalan una continuidad, ni urbanística, ni religiosa, siendo erigidos ex novo entre los ss. II y III d.C. en su mayoría por particulares y *solo privato* o *solo suo*, como recalcan las inscripciones. Ello justifica la falta de continuidad en los lugares de culto, la carencia de una planificación religiosa, la de santuarios extraurbanos y también la de una concentración del culto en unos pocos dioses patronos de la ciudad. Es cierto, como Golvin comenta, que todavía hay mucha documentación arqueológica bajo los monumentos de Dugga y que el futuro sin duda permitirá rellenar y justificar las carencias y anomalías que estos tres monumentos presentan.

M.ª PAZ GARCÍA-BELLIDO
CSIC, Madrid

H. VON HESBERG: *Römische Baukunst*, München, Verlag C. H. Beck, 2005, 295 pp., 59 figs. ISBN: 3-406-52920-8.

La obra de H. von Hesberg, profesor de Arqueología Clásica en la Universidad de Colonia (Alemania), supone un nuevo acercamiento a la Arquitectura, o Arte de la Construcción según el término alemán, de época romana.

Los tres bloques en los que se organiza este trabajo (cronología, tipos constructivos y constructor-cliente) vienen precedidos de una introducción en la que podemos encontrar las notas adecuadas para describirlo. El autor distingue dos tipos de estudios generales sobre la arquitectura romana. Uno se ocupa de ella como la más importante expresión de lo romano, se ordena cronológicamente y hace claro hincapié en su distinción frente a lo griego, como ejemplificarían, entre otros, el trabajo clásico de J. B. Ward-Perkins (*Roman Architecture*, New York, 1977) o, más recientemente, de J. P. Gros (*L'architecture romaine du début du IIIe siècle av. J.-C. à la fin du Haut-Empire*, Paris, 1996). Un segundo conjunto de estudios propone una historia cultural más amplia, en la que la arquitectura es otro de los múltiples aspectos que la componen. Ejemplo fundamental de este enfoque sería la obra de P. Zanker (*Augustus und die Macht der Bilder*, München, 1987). Considerando esta clasificación, podríamos decir que *Römische Baukunst* se mueve en un principio entre ambas, haciendo constantes guiños a la arquitectura como construcción material y como expresión cultural y social, dentro de un amplio discurso enriquecido por las constantes aportaciones de las fuentes literarias clásicas y las últimas novedades arqueológicas.

La propuesta de los sucesivos periodos en los que se divide la historia de la arquitectura romana comienza con una breve reflexión sobre la dificultad de establecer una fecha de inicio (horquilla VIII- IV a.C.) y otra de fin (IV- VI d.C.) así como un marco geográfico restringido. El autor defiende una clara evolución o, mejor dicho, un cambio provocado por la sucesiva introducción y consecuente sustitución de diferentes materiales constructivos que irán modificando tecnológica y formalmente el proceso constructivo y la arquitectura romana. Por el contrario, según el autor, esta evolución no es tan nítida en la escultura arquitectónica y la decoración, residiendo la diferencia más en su función o capacidad comunicativa que en sus tipos formales. Por supuesto, la Tardoantigüedad supone un cambio tanto en los materiales constructivos, con el fenómeno de la reutilización, como en los decorativos, que se ven sujetos a un nuevo lenguaje.

Sin embargo, esta propuesta cronológica queda como una extensa introducción inicial al perderse en los dos siguientes apartados, debido a una clasificación temporal bastante más general en el segundo, dedicado a la construcción y a los tipos constructivos, e inexistente en el último, el cual se ocupa del constructor y del usuario del edificio. República, Imperio y Tardoimperio son los amplios marcos cronológicos y la basílica, el templo-foro y la iglesia, entendidos como construcción y como espacio de uso y representación, serán sus respectivos referentes arquitectónicos. También aquí Roma permite seguir la línea desde una arquitectura republicana que se debate entre las formas griegas e italianas, una imperial monopolizada por los esfuerzos edilicios de los sucesivos emperadores y una tardoimperial que diversifica su presencia en otras tantas ciudades emergentes en este momento. El segundo apartado se subdivide en una serie de epígrafes encabezados por unos títulos directos y, a menudo, antónimos que aciertan a resumir de esta forma el aspecto al que se dedica gran parte de la atención en el texto. Precisamente en el primer epígrafe dedicado a la cultura urbana y su incidencia en las provincias, se introduce una de las ideas fundamentales de la obra de H. von Hesberg: la arquitectura romana goza de una normalización llena de excepciones y, por lo tanto, tan sólo aparente, como reflejan, por ejemplo, la diferencia entre el urbanismo del Occidente y del de Oriente del Imperio (ausencia destacada del anfiteatro y presencia de gymnasium y stadium) y el hecho de que su estandarización no haya dado lugar a dos ciudades iguales, entre las cuales la propia Roma destacó como tal por la suma y calidad de sus edificaciones, especialmente a partir de época augustea. Murallas, templos, edificios para el desarrollo de la vida política (senado) y social (pórticos; basílicas, tratadas de nuevo como edificio público excepcional; o comercios, por ejemplo), monumentos conmemorativos y votivos (plazas, estatuas, columnas y arcos), edificios de espectáculo (teatros, anfiteatros) y recreo (termas, gimnasios, bibliotecas), fuentes, infraestructura, vivienda y monumentos funerarios completan el recorrido, cuerpo central de este libro, por una arquitectura romana frecuentemente ejemplificada por la misma ciudad de Roma, excepto en aquellas ocasiones en el que el guiñón exige una comparativa para distinguir características concretas. Este hecho suele darse en las referencias al precedente griego o la diferenciación entre Occidente y Oriente.

Por último, la arquitectura se muestra como el producto de un proyecto organizado, por un lado, y del deseo del cliente, por el otro, siempre subordinado a la función y uso que le otorga la sociedad, el propietario y el visitante. Aspecto este último que se subraya en el epílogo final: los tipos arquitectónicos están condicionados no sólo por los motivos prácticos, sino también por los cambios sociales. De hecho, los ejemplos empleados son escogi-

dos cuidadosamente por el autor para conducir paulatinamente a esta idea final. Características, tipos o grupos de personas (políticas, sociales) son introducidos selectivamente para demostrar cómo los cambios sociales se reflejan en la cultura arquitectónica, a los cuales deben sumarse la tradición y su mencionado uso, como justifican las referencias a los tipos de representaciones llevadas a cabo en los edificios de espectáculos o los costes de mantenimiento, no ya de construcción, de aquellos otros con finalidades sociales.

H. von Hesberg muestra, en definitiva, una arquitectura romana inmersa en un complejo sistema que contiene un discurso con múltiples componentes. La define como una prudente combinación entre la cultura material y social, como ya indicamos al principio, y su exposición se argumenta con un gran número de referencias literarias y arqueológicas, a cuyas últimas novedades el autor no es ajeno, como deja ver en las casi quinientas notas abundantes en bibliografía. En este listado las referencias del mismo autor confirman su precedente y extensa labor, que, en casos como los monumentos funerarios o la escultura, han requerido sendas monografías por su parte (*Römische Grabbauten*, Darmstadt, 1992 o *Formen privater Repräsentation in der Baukunst des 2. und 1. Jahrhunderts v. Chr.*, Köln, 1994), así como breves versiones para el territorio hispano (Córdoba und seine Architekturoornamentik, en *Stadtbild und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit*, München, 1990 o *Römische Grabbauten in den hispanischen Provinzen*, en *Denkmäler der Römerzeit*, Hispania Antiqua 2, Mainz, 1993, entre otros). La arquitectura, nunca descrita detalladamente y ejemplificada selectivamente gracias a un monumento significativo, se muestra como objeto material fruto de la interacción de múltiples factores, entre los cuales el componente social adquiere un papel destacado. El reducido tamaño y número de las sencillas imágenes que acompañan al texto reflejan el mismo fenómeno. El mensaje y significado de la arquitectura son el objeto de estudio de esta obra.

M.^a ÁNGELES UTRERO AGUDO
Instituto de Historia, CSIC

THOMAS G. SCHATTNER, *Munigua. Cuarenta años de Investigaciones*. Arqueología Monografías. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía e Instituto Arqueológico Alemán, Sevilla 2003, 248 págs., 85 láms. y 150 figs. ISBN: 84-8266-364-X.

El yacimiento de Munigua ha sido objetivo de la investigación del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid desde la década de los 50, cuando la dirección del Instituto pasó a manos de W. Grünhagen una vez jubilado el primer director H. Schlunk. Con W. Grünhagen prospectó W. Schüle, quién marcó las grandes áreas a estudiar, y excavó Th. Hauschild, también director en algunas campañas. A partir de 1997 la responsabilidad ha pasado a manos de Th. Schattner quien, aparte de la continuidad de las labores ya iniciadas, ha abierto una nueva orientación con la prospección del paisaje circundante en busca de respuestas al anómalo emplazamiento geográfico de la ciudad de Munigua, respuestas que, según parece y como tantas veces ocurre, pudieran estar en las bases económicas, especialmente en la riqueza minera de la zona (p. 224).

El yacimiento, casi desconocido por lo alejado que está de las grandes vías de comunicación antiguas y moder-

nas, se convirtió en estrella de la arqueología romana peninsular una vez escogido por el Instituto Arqueológico Alemán. El impresionante Santuario de las Terrazas era conocido con antelación pero no había sido interpretado, y los dos bronceos escritos —carta de Tito a los muniguenses y tessera de hospitalidad entre la ciudad y el quaestor Sex. Curvius Silvinus—, aparecidos ya en las primeras campañas, proporcionaron importante información pues facilitaron el nombre de la ciudad, una cronología absoluta de habitat y la constatación de su riqueza monumental. A ellos se han añadido 78 inscripciones funerarias que han permitido confirmar estos datos, más señalar, por la onomástica, la especial relación de los habitantes de Munigua con Italia, lo que podría justificar el monumento estrella del yacimiento: el Santuario de Terrazas. Los hallazgos y en general todo el proceso de la excavación se habían ido publicando en alemán y español en los *Munigaberichte* (AA 1968, 1970-2001), en el *Noticario Arqueológico Hispánico* (1964, 1971, 1973-1983, 1985), en las *Madridrer Mitteilungen* (1968, 1969, 1976-1979, 1984, 1986, 1989), en el *Anuario Arqueológico de Andalucía* (1997-2001) y en artículos en Congresos Nacionales e Internacionales. Especial importancia se dio a la cabeza de «Hispania», publicada en *AEspa* 1980, al Santuario de Terrazas y a la epigrafía (Nesselhauf 1960-Gimeno 2003). Además de todas estas publicaciones el Instituto ha ido editando las monografías de los materiales en los *Madridrer Beiträge* (Mulva I-Mulva IV). Estas publicaciones habían proporcionado al yacimiento, fuera de nuestras fronteras, el beneficio de una amplia difusión que llevó a que sus datos se incluyeran muy pronto entre los importantes del occidente romano.

Sin embargo era imprescindible un libro de conjunto en el que los monumentos, la epigrafía, las esculturas, el hábitat y el entorno arqueológico permitieran ver, no sólo los árboles, sino el bosque en su conjunto y, sobre todo, comprender la razón por la que esa ciudad se implantó en un lugar tan a trasmano de la zona romanizada, creció con rapidez y se desarrolló urbanísticamente imitando gustos itálicos. Las campañas de excavación dirigidas por Th. Schattner han tenido el objetivo de procurar dar respuesta a estos interrogantes, y ellos y las posibles respuestas se ofrecen en este trabajo por primera vez, de manera modélica por la minuciosidad de la discusión y por la excelente ilustración. Ambas características convertirán este libro en un paradigma de otras excavaciones romanas pues en él, aparte de las discusiones históricas, trascendentes, los excavadores encontrarán la sistematización de unos materiales de construcción estratigráficamente fechados y presentados con toda minuciosidad, lo que permitirá hoy y mañana tener el yacimiento como modelo. El A. ha huido de darnos interpretaciones sin la descripción de una base documental que las avale o las contradiga. Todos debemos de felicitarlos por el hecho de que se siga haciendo una arqueología comprobable y con ello fidedigna.

El trabajo consta de siete capítulos. I Introducción General; II Monumentos; III Hallazgos; IV Historia, Sociedad y Relaciones exteriores de Munigua; V Medidas de Protección y Conservación; VI Valoración; VII Abreviaturas y Bibliografía.

II Monumentos (pp. 25-144) se divide en: 1 Poblado ibérico, 2 Monumentos públicos sacros, 3 Monumentos públicos civiles, 4 Arquitectura privada, 5 Necrópolis, 6 Litoteca y materiales de construcción, cimientos y muros. La ciudad de Munigua no nació *ex novo* sino sobre un poblado indígena, posiblemente turdetano como el A. dice en p. 13, aunque tradicionalmente se le ha denominado ibérico y en el trabajo que reseñamos sigue utilizándose esta confusa terminología. El poblado es abandonado y

sus estructuras utilizadas para el aterrazamiento previo a la erección del gran santuario. Las fechas del poblamiento indígena van, según restos cerámicos, desde mediados del s. I a.C. a mediados del I d.C., tiempos de Nerón, fecha corroborada por las monedas de Claudio que han sido encontradas en los estratos finales del poblado sobre los que se construye el propio Santuario de Terrazas. Estas monedas indican una fecha inmediata post quem para la erección del Santuario; sin embargo, en otros puntos del trabajo se aboga por una fecha algo más tardía para la implantación de la nueva ciudad, quizás tiempos de Vespasiano. La presencia de moneda de Claudio y la ausencia de la de Nerón no deben ser razón suficiente para alzar la cronología pues sabemos, hoy con mucha certeza, que los bronces de Nerón en Hispania son rarísimos y que las imitaciones de Claudio siguieron acuñándose, desde luego en fechas neronianas, y usándose todavía en tiempos flavios. Por lo tanto si la cronología más adecuada para los inicios de la ciudad romana pudiera ser la flavia, la numismática apoyaría sin reticencias esas fechas.

Pero volvamos al término «ibérico» que se utiliza en el trabajo, tanto cuando se trata de cerámicas, como de lengua y por ello de los habitantes que prehabitaron el yacimiento romano. No es nada fácil que los habitantes de este poblado fuesen iberos, en el sentido étnico y cultural que hoy damos al término, pudiendo suponer que turdetanos – utilizado en p. 13-, túrdulos... serían denominaciones mucho más adecuadas. Es cierto que cuando Untermann (1961) estudió el topónimo de Munigua utilizó el calificativo de ibérico, buscando los paralelos en toponimia bética occidental que entonces se consideraba también ibérica en contraposición a la mitad indoeuropea peninsular. Hoy posiblemente el propio Untermann no hubiera utilizado el término de ibérico sino el de turdetano, pues sin duda éstos no eran los mismos que aquéllos.

El subcapítulo II.2 sobre monumentos públicos sacros (pp. 27-51) se dedica desde luego al Santuario de Terrazas, pero también al Templo del Podio, a la *aedicula* de Mercurio, al templo del Foro y al de *Dis Pater*. Hay, como vemos, una buena representación de monumentos sacros a los que se añaden los civiles como son muralla, foro, basílica, pórticos, termas y un interesante propileo, único en su tipo puesto que su función era adecuarse a la específica topografía de Munigua y dar acceso desde el foro a las terrazas del santuario. Sin embargo es el Santuario de Terrazas el principal protagonista del yacimiento. Su conservación en pie y su monumentalidad atrajeron el interés ya de eruditos del XVIII y en los años 50 del Instituto Arqueológico Alemán. Se trata de un santuario aterrazado, erigido según una organización axial, cuyos mejores paralelos, como ya vio Grünhagen, están en el de Praeneste y en el de Tibur, dedicados a Fortuna y a Heracles, justamente las dos invocaciones que se han hallado también entre los materiales epigráficos del santuario en Munigua. Tanto Grünhagen (1959) como Coarelli (1987) llamaron la atención sobre el enorme lapso de tiempo que había pasado entre la construcción de los posibles modelos del Lazio —primer cuarto del s. I a.C.— y la copia —fines del s. I d.C.—. ¿Qué decidida voluntad política en Munigua había programado este culto de Fortuna y Hércules junto con todas las apariencias externas —y hemos de suponer que también internas— del santuario como una reproducción sin innovaciones de esos mismos cultos en el Lazio, especialmente de Praeneste y Tibur? Naturalmente se hicieron propuestas que Schattner recoge, como la de Coarelli, quien responsabiliza de ello a Cornelius Pusio, cónsul de Vespasiano, oriundo de Cádiz y emparentado con los Cornelii Balbii, quienes tenían una villa cerca de Tívoli, pero el A. propone otra respuesta que parece más general y por ello más probable: se ha

constatado que un especial interés se despierta en época flavia por el viejo santuario de Palestrina, al venerar Vespasiano a la diosa Fortuna a la que atribuía su elección como emperador, lo que le lleva, como recuerda Schattner, a incluir por primera vez su imagen en las monedas con la leyenda *Fortuna Augusti*. Esta moda habría sido el motivo de que Munigua importe un culto favorecido por el emperador. La relación de los muniguenses con la familia flavia se constata por la carta de Tito a los ciudadanos ya mencionada.

La erección de un tal santuario de terrazas, en la que la naturaleza es la protagonista dentro del plan urbanístico y arquitectónico, estuvo supeditada a una orientación anómala de todo el conjunto —Este— pues ninguno de los otros santuarios itálicos que pudieron servir de modelo tienen esta orientación (p. 29). Es indudable que se eligió para centrar el santuario según el eje que proporcionaba el paisaje (fig. 12). A ello se sumó la búsqueda de una específica monumentalidad en terrazas, rematadas en una gran exedra final para atraer allí la atención del espectador. Es indudable, como el A. propone, que en todo ello jugó un papel importante la concepción del monumento como foco teatral, bien para los que contemplaban desde abajo los actos rituales, bien para quienes desde la exedra contemplaban el panorama con la sensación «de entrar en escena» (p. 29). Desgraciadamente esta forma de orientación axial integrada en el paisaje es vieja en el mundo antiguo y no ayuda a la hora de dilucidar si se buscó un modelo lejano por relaciones personales con el Lacio de los itálicos de Munigua, o si fue la renovación de un culto a Fortuna por Vespasiano lo que empujó a la élite a la elección de un tal monumento.

En el subcapítulo II.4 (81-123) se recoge el estudio minucioso de la arquitectura privada con 7 casas distribuidas al este del santuario que no parecen haberse planificado como barrio, sino ínsulas independientes excepto las 1 y 6 (figs. 1, 48-67). El A. presenta las fases de cada una de ellas, siendo lo habitual que se inicien a mediados del s. I d.C. hasta principios del II, se renueven en dos o tres fases y se abandonen en el s. III/IV, aunque hay alguna que llega a época almohade. Un nuevo barrio descubierto, al oeste de la colina, está ahora proporcionando materiales y nuevas perspectivas pues presenta una planificación ortogonal que no tienen las casas hasta ahora excavadas.

También en este subcapítulo se estudia el Mausoleo, única tumba monumental del yacimiento que se encuentra dentro de uno de los varios recintos funerarios que presenta la ciudad dentro de la muralla, estudiados en el subcapítulo siguiente II.5 (pp. 125-140). Estos muros de recintos, por su excepcionalidad en Hispania, fueron interpretados como muros de casas. El A., quién propone una cronología relativa para los diferentes recintos y con ello también para la incineración e inhumación, los compara con otras necrópolis romanas estudiadas por Hesberg (1992) y, hoy, por Vaquerizo (2001 y 2002) en Corduba. Estos recintos permiten al A. comentarios sociales importantes sobre las formas y condiciones de esos enterramientos.

El capítulo III está dedicado a los hallazgos divididos por su materia, como es usual. Cerámicas, vidrios, metales... que han permitido valorar las importaciones, las cronologías y la riqueza de los habitantes. En este capítulo, más inusualmente, se recoge también la epigrafía. Imagino que el A. no le ha adjudicado un capítulo a parte puesto que habiendo sido una de las más importantes fuentes históricas de Munigua ha merecido estudios monográficos (Nesselhauf 1960 y Stylow 1987) y, aunque el A. no entra en profundidad, sí recoge el comentario principal de los dos bronces mencionados. La Numismática (p. 205) de momento ha proporcionado muy poca informa-

ción pues las 700 monedas halladas no se han estudiado todavía y con ello su información no ha sido integrada a la discusión general. Sólo conocemos por ahora las monedas halladas en las necrópolis (Mulva I y Mulva II) que llegan hasta tiempos de Cómodo; sin embargo un tesoro de Valentiniano-Teodosio, ha aparecido en la casa 5 (p. 98). El numerario más temprano, a juzgar por las pocas monedas publicadas, es fechable a mediados del s. I a.C. y procede del poblado turdetano.

IV y VI. Historia, sociedad y relaciones exteriores... Valoración. Estos dos capítulos son las conclusiones del libro. En el primero se nos dan las fases cronológicas, ya comentadas por mí en el hilo de la reseña, pero se proporciona el dato de la existencia de restos cerámicos del s. V a.C. (cerámica gris occidental, ánfora ibero-púnica Pellicer B, cerámica ática de figuras rojas), aunque un fragmento de ánfora Pellicer A-2 que remontaría al s. VII es esporádico. Las primeras construcciones del poblado son, como hemos dicho, remodeladas en el primer tercio del s. I a.C., fecha de la que se poseen más restos pues en ella se inicia el estrato destruido, aterrazado, para la erección del santuario. La justificación de un tal poblado en este paraje está para el A. en la riqueza en minería de hierro de la zona, ya que las escorias abundan en la ladera este de la colina, bajo la ciudad romana. El levantamiento de una ciudad pequeña, 4 Ha, en la que los edificios públicos, importantes, ocupan la mayor parte del recinto amurallado al que hay que restar el usado para necrópolis dentro de la ciudad, la rapidez en el crecimiento de la ciudad, sólo desde época flavia a mediados del II dC, su progresivo abandono a partir del s. III y la intensa relación de sus habitantes con el Lacio en costumbres, importaciones, onomástica y cultos, son características que hacen del yacimiento un modelo de «colonia» romana en un punto de explotación económica, fuera de las vías romanas de comunicación. Munigua no es citada en ninguno de los itinerarios, en ninguno de los geógrafos, en ninguno de los historiadores.

Gracias a la labor del Instituto Arqueológico Alemán en España contamos hoy con este modelo de ciudad romana que se aparta de los patrones que teníamos para la Bética, ciudades turdetanas o túrdulas más o menos romanizadas, ricas capitales de provincia o ciudades bien documentadas en las fuentes como nudos viarios o puertos de exportación: Carteia, Belo... Hoy tenemos, gracias a Munigua, un ejemplo de una importante y fulminante instalación romana lejos de toda romanización, cuyos habitantes han importado desde Italia sus costumbres, sus nombres, sus cultos y, hasta sus formas peculiares de planificar las necrópolis o de utilizar los materiales de construcción. Todo ello ha ocurrido en un lapso de tiempo de c. 50 años. La eficacia romana tiene su mejor ejemplo en Munigua, también la ineficacia, pues es verdad que una tal obra se abandona pronto, implicando ello que la elección del emplazamiento y la valoración de los recursos económicos no habían sido adecuados, puesto que un terremoto no fue óbice para remontar la catástrofe en otros muchos casos del mundo antiguo. Si la elección del lugar hubiera sido adecuada por su riqueza económica, la ciudad se hubiera recuperado durante el s. II al menos. La impresión es que estas ricas familias pusieron sus capitales en algo que no fructificó como habían imaginado, iniciándose, cincuenta años después de su llegada, el decaimiento que llevaría al último abandono.

El estudio hecho sobre Manigua será imprescindible para cualquier estudio de romanización pues proporciona, no sólo materiales, cronologías y urbanística enormemente precisos, sino la posibilidad de una lectura funcional e histórica de esta ciudad que en muchísimos otros casos no ha sido posible. Aquí la interpretación económica del entorno y el valor de la Epigrafía han venido a sumarse

a la riqueza arqueológica. Además, como ya todos esperamos de un trabajo del Instituto, la documentación gráfica es espléndida en número y calidad. Por esta riqueza en la información es extraño que el libro no cuente con índices, ni onomásticos, ni de materias.

Para terminar hemos de recordar que éste es tan sólo uno de los varios yacimientos que el Instituto Arqueológico Alemán de Madrid ha excavado en la Península, mostrándonos, todos ellos, la espléndida labor que desde hace más de cincuenta años los arqueólogos alemanes han llevado a cabo en España y Portugal, en perfecta coordinación y sintonía con los equipos nacionales, y muestra de ello es el que la publicación de esta primera monografía de Munigua se haya querido hacer en la serie de Arqueología de la Junta de Andalucía y, naturalmente, en lengua española.

M.^a PAZ GARCÍA-BELLIDO
CSIC. Madrid

CRUCES BLÁZQUEZ CERRATO, *Circulación monetaria en el área occidental de la península ibérica. La moneda en torno al «Camino de la Plata»*, Montagnac, 2002 (*Archéologie et Histoire romaine*, 6). CDU: 737.1.032.773.

Il faut souligner d'emblée l'originalité de ce travail de circulation monétaire qui ne s'intéresse pas seulement à une région donnée mais à un espace géographique et humain structuré par un axe de circulation majeur: la via de la Plata reliant Augusta Emerita (Merida) à Asturica Augusta (Astorga). L'aire géographique concernée englobe donc le territoire de plusieurs peuples. On regrettera toutefois que l'auteur n'ait pas suffisamment explicité, dans une véritable problématique, en quoi les territoires traversés par la Via de la Plata constituent un espace géographique et humain particulier organisé par cet axe de communication majeur.

Dans un rapide historique, l'auteur retrace les grandes étapes de la genèse de cet axe de circulation nord sud. Il s'agit d'un itinéraire très ancien qui reprend une voie de pénétration nord-sud reliant la partie occidentale de la péninsule ibérique dès l'époque tartessique (VII-Ve s. avant J.-C.), voie documentée par les découvertes archéologiques. Les sources littéraires nous indiquent plus tard que cet itinéraire sera emprunté par les Puniques et les Romains essentiellement pour avoir accès aux riches ressources minières du nord-ouest de la péninsule, l'étape essentielle de la construction de la voie étant l'épisode des guerres cantabres conduites en personne par Auguste, de 29 à 19 avant J.-C. La voie ne prendra son aspect définitif en deux tronçons assez distincts au sud et au nord de Salmantica (Salamanque) qu'au début du IIe siècle de notre ère. Cette voie est donc un axe économique reliant le sud-ouest de la péninsule aux riches régions minières du nord ouest. C'est aussi une voie stratégique, axe de pénétration vers une zone très militarisée à l'époque romaine. À ce double titre, la Via de la Plata a facilité la circulation monétaire. Retrouve-t-on un modèle ou plusieurs modèles de circulation tout au long de cette voie? En d'autres termes la Via de la Plata a-t-elle joué un rôle d'unification économique des régions qu'elle dessert?

Les ateliers ibériques de l'époque républicaine et impériale proches du territoire traversé par la voie et susceptibles d'irriguer cet espace sont peu nombreux et ont peu frappé à l'exception notable de Mérida qui diffuse largement sa production en Bétique et dans le quart

nord-ouest de la Péninsule. Cette dispersion traduit selon l'auteur des courants d'échange économiques et militaires.

L'importance de la documentation numismatique livrée par l'auteur donne la mesure du travail d'investigation qu'il s'est imposé. Son corpus se divise en trois parties : les trésors au nombre de vingt trois, les monnaies de fouilles, les fonds de musées provinciaux et les découvertes fortuites mentionnées dans les publications ou ayant enrichi des collections particulières.

L'auteur analyse ensuite ce matériel d'inégale valeur scientifique en distinguant les trésors des monnaies de sites puis en tentant une synthèse globale de la circulation monétaire par grandes périodes chronologiques. L'auteur aborde ensuite le problème des relations entre armée et monnaie.

La période antérieure à 195 avant J.-C. se caractérise par la faiblesse des découvertes monétaires : absence de trésors et trouvailles isolées de quelques monnaies grecques, carthaginoises, hispano-carthaginoises et romaines probablement parvenues jusque là bien après leur date d'émission. Cette rareté s'explique par le fait que la zone étudiée est, à cette époque, à l'écart des mouvements de troupes romaines.

L'auteur observe en effet un lien très étroit entre les enfouissements de monnaies d'argent d'époque républicaine et augustéenne et les épisodes guerriers qui se déroulent dans la péninsule (guerres lusitaniennes, guerre de Sertorius, conflit entre César et Pompée et guerres cantabres sous Auguste). Ces trésors montrent les rythmes de pénétration de la monnaie romaine dans la Péninsule et comment celle-ci côtoie les frappes ibériques. Les trésors de deniers sont particulièrement abondants pour le milieu du IIe siècle avant J.-C., alors que les monnaies républicaines de bronze sont absentes des trésors mais forment presque la moitié des effectifs du numéraire romain. Cependant les monnaies d'argent comme de bronze circulent dans le sud de la zone considérée et très peu dans le nord de la zone desservie par la voie. Le même phénomène s'observe pour les monnaies ibériques. La période 133-72 avant J.-C. voit la quantité de numéraire pratiquement tripler. Le monnayage romain ne représente plus que 24 % du matériel étudié, essentiellement des deniers. On observe la même concentration géographique et chronologique des espèces dans les zones touchées par les guerres lusitaniennes et l'épisode sertorien. L'apport majeur en numéraire de la zone étudiée revient aux frappes hispaniques avec une différence très nette encore une fois entre le sud et le nord de la zone étudiée. Au sud, les frappes de la Citérieure et des ateliers de Bétique dominant alors qu'au nord, ce sont les deniers ibériques et celtibériques.

La période qui va de la fin des guerres sertoriennes à la fin de période républicaine se caractérise par la faiblesse de l'apport en numéraire frais qui s'explique par l'arrêt des frappes de deniers ibériques et un ralentissement de l'approvisionnement en deniers républicains à l'exception de la période des guerres civiles. Les monnaies hispaniques proviennent majoritairement de la vallée de l'Ebre et de l'atelier de Kese Lepida.

La période julio-claudienne marque au contraire un sommet dans l'irrigation monétaire de toute la zone desservie par la voie. Les trésors sont constitués principalement de deniers d'Auguste et de Tibère aux types C. L. CAESARES et PONTIF MAXIM. L'auteur souligne la faiblesse de l'apport en monnaies de bronzes de Lyon et de Nîmes. Le numéraire de bronze est en effet très logiquement fourni principalement par les ateliers hispaniques au premier rang desquels se trouve Mérida, le reste revenant aux ateliers de Tarraconaise et dans une plus faible part de Bétique. L'auteur relève que la proportion d'as de Caligula est élevée mais elle attribue toutes ces

monnaies à l'atelier de Rome alors qu'il existe de fortes présomptions pour que la plupart de ces monnaies aient été frappées dans la péninsule ibérique¹. La même réflexion peut être faite à propos de la période claudienne qu'à juste titre l'auteur étudie à part. Malheureusement on retrouve la même hésitation à classer franchement ces monnaies comme de véritables frappes officielles. L'auteur reprend également l'opinion commune qui veut que cette production vient pallier un manque de numéraire en bronze, carence que l'on attribue pêle mèle à : l'arrêt des frappes municipales, la fonte des monnaies de bronzes de Caligula par le Sénat, l'inactivité de l'atelier de Rome durant cette période et même sa fermeture. Or nous soutenons que les monnaies de Caligula et de Claude retrouvées dans la péninsule ibérique sont dans leur immense majorité des frappes officielles d'ateliers romains déconcentrés en Espagne et frappant durant une période très courte (41-42). Cette production massive qui circulera longtemps s'explique par les besoins en numéraire de l'armée d'Espagne. Il est regrettable que l'auteur n'ait pas eu connaissance des écrits récents en ce domaine².

La faiblesse de l'approvisionnement en bronzes de Néron de la péninsule ibérique s'explique sans doute par la persistance d'un très faible approvisionnement en monnaies de l'atelier de Lyon. À l'époque des guerres civiles, les événements touchant la péninsule se traduisent par un approvisionnement élevé en monnaies, l'auteur décèle également à l'époque flavienne une influence militaire dans le profil monétaire de la zone étudiée qui se distingue du reste de la péninsule et se rapproche de ce que l'on observe dans les Germanies. La circulation à l'époque antonine dans la zone étudiée ne montre pas de réelles différences avec le reste de la péninsule.

Et ensuite est abordé le problème spécifique de la monnaie et de l'armée. Cette importante question est étudiée à partir de trois témoignages : celui des contremarques, des monnaies coupées et des imitations claudiennes. L'auteur montre bien la relation étroite qui existe les deux premiers phénomènes et la présence de l'armée. Sur ce point, l'exemple espagnol conforte les observations faites pour le *limes* germanique. En ce qui concerne les imitations claudiennes, C. Blázquez Cerrato reconnaît à ces dernières un caractère militaire tout en reprenant l'hypothèse de deux ateliers civils espagnols (Emerita et Clunia). Selon nous la décision du pouvoir central de faire frapper des bronzes au type de Rome dans des ateliers provinciaux déconcentrés au début du règne de Claude répond essentiellement à des besoins militaires (soldes). Nous pensons également que l'un des deux ateliers que nous avons identifiés en Espagne est très certainement situé dans un camp militaire du quart nord-est de la péninsule, l'autre devant se localiser à Tarragone.

Au total il faut saluer un travail original dans son approche agrémenté de nombreuses et précieuses cartes de répartition qui en facilite et en éclaire la lecture.

PAUL-ANDRÉ BESOMBES
Service Régional d'Archéologie de Bretagne

¹ Comme semble le confirmer l'étude de monnaies de Caligula provenant de la péninsule ibérique (données inédites fournies par Rodolfo Martini).

² P.-A. Besombes - J.-N. Barrandon, Nouvelles propositions de classement du monnayage de bronze de Claude Ier, *RN*, 2000, p. 161-188. J.-P. Bost, «Les monnaies d'imitation de Claude Ier à propos d'un article récent», *Revue archéologique de Bordeaux*, XCII, 2001, p. 347-352. P.-A. Besombes, «Les imitations claudiennes fraude et non nécessité», *Faux - Contrefaçons - Imitations, Actes du Colloque International du groupe suisse pour l'étude des trouvailles monétaires (Martigny, Suisse, 1^{er} et 2 mars 2002)* ; à paraître.

MICHAEL KULIKOWSKI, *Late Roman Spain and Its Cities*. Baltimore and London, The Johns Hopkins University Press, 2004, 489 pp., 2 mapas, 12 planos y 8 fotografías. ISBN: 0-8018-79-78-7

El genérico título de este libro puede llevar a confusión, pues abarca geográfica y cronológicamente más de lo que Michael Kulikowski indica, ya que trata sobre Hispania, es decir sobre España y Portugal, y no solamente durante la Antigüedad Tardía sino también durante los primeros siglos de la presencia romana en Hispania. El título sí recoge, aunque sólo en parte, el objetivo: la historia de las provincias hispanas desde el siglo I hasta el VI a través de la ciudad, aunque de lo que en realidad nos está hablando es de historia social, la historia de las elites municipales y locales, cómo y por qué se convirtieron en romanas a raíz de la conquista, cómo evolucionaron desde el siglo I al IV y, finalmente, como reaccionaron desde la desaparición del gobierno imperial hasta el siglo VI, momento final del urbanismo clásico en Hispania, aunque no de la vida urbana, que mantuvo su carácter de concentración demográfica y habilidad para organizar el territorio.

La incursión de M.K. en los periodos de conquista y Alto Imperio (caps. 1 y 2) no es arbitraria, ya que la diacronía es esencial para tener un registro completo de las elites municipales. La ciudad, la *civitas*, se convierte en el hilo conductor de una investigación escrita de forma fluida y de amena lectura, a pesar de unas notas, numerosas e incómodamente colocadas al final del libro.

Las *civitates* hispanas no fueron anteriores territorios tribales con una nueva máscara administrativa como sucedió en otras partes del occidente romano, sino pequeñas y numerosas unidades administrativas que setenta años después de la muerte de Augusto se habían convertido en ciudades privilegiadas, en *municipia* con un centro urbano autónomo que, en nombre del gobierno imperial, tenía el control de un territorio dependiente. Las ciudades fueron las unidades básicas de la administración romana y el motor que condujo el proceso por el que Hispania se convirtió en Romana; la ciudad sobrevivió a la desaparición del Imperio y a los turbulentos años que le siguieron porque todos los mecanismos que generaron una identidad comunitaria estaban enraizados en ella y en la conducta de sus clases dirigentes. Esta es la tesis que M.K. desarrolla a lo largo del libro.

M.K. explica su metodología con tres simples y claras proposiciones (pp. xv-xvi). Primera: leer las fuentes literarias como texto antes de leerlas como fuente documental; segunda: interpretar las fuentes literarias a la luz del registro arqueológico (importante en un periodo en el que los datos arqueológicos son mucho más abundantes que los textuales). La tercera se parece más a una interpretación de los datos que a una norma metodológica: el urbanismo tardío está muy condicionado por el altoimperial y por tanto no hay cortes bruscos entre Alto y Bajo Imperio, tampoco normativas-modelo a partir de las cuales toda desviación haya de interpretarse en términos de decadencia o de crisis. Usando su propio lenguaje se podría decir que hay que leer cualquier desviación en términos de evolución y adaptación de las elites municipales al cambiante mundo político en que se vieron envueltas.

M.K. interpreta una variada serie de fuentes literarias, epigráficas y arqueológicas y se acerca a la *civitas* tocando los siguientes temas: su formación durante la época de conquista, regularización jurídica, asimilación de las elites locales al modo de vida romano (monumentalización urbana) y su cooptación en el núcleo gobernante de la administración local, provincial e imperial, es decir, el paso

de su condición de súbditos romanos a "provinciales romanos". M.K. analiza el funcionamiento de las instituciones urbanas altoimperiales, su continuidad en el Bajo Imperio y la forma en que la jerarquía episcopal se apropia de los hábitos de gobernación del mundo romano, cuya consecuencia más visible es la cristianización del urbanismo en los siglos IV y V (cap.7)

A pesar de su intento en demostrar que los mitos historiográficos se evaporan ante una buena estratigrafía, el análisis de las elites, ni las nuevas estratigrafías le permiten desechar de manera convincente el viejo paradigma de que la decadencia urbana del siglo III provocó un desplazamiento de la riqueza y poder de las elites al medio rural, proceso que culmina con las villas del siglo IV. La revisión que M.K. hace del poblamiento rural de los siglos IV y V (cap.6), a través de una selección de las mejores excavaciones de los últimos veinte años, nos dice más acerca de los gustos estéticos de los terratenientes hispano-romanos o de la economía generada por el comercio del arte, que sobre las relaciones económicas y políticas entre los núcleos urbanos y su territorio; tampoco se nos aclara si estamos ante meras residencias lujosas de ocio, ante haciendas productivas o ante ambas cosas a la vez.

La narrativa histórica y el análisis político toman la batuta en la última parte del libro donde se aborda la historia de las provincias hispanas a través de las elites urbanas: reformas de Diocleciano, ejército y administración imperial, la paulatina desaparición del gobierno imperial y la fragmentación del poder político entre representantes del poder imperial, aristócratas hispano-romanos, jefes y caciques locales, jefes suevos, alanos y vándalos, reyes godos, generales godos y bizantinos, etc. El cambio cultural y material es difícil de detectar en un registro arqueológico limitado y la correspondencia entre cambio político y cultura material tan evidente durante el gobierno de Roma se desvanece en los siglos posteriores, dificultad salvada, en parte, por las abundantes muestras de la cristianización del paisaje rural y urbano.

Es un libro de historia dirigido principalmente a una audiencia de habla inglesa, que en unas 300 páginas da una visión coherente con las fuentes que usa de la historia de la península Ibérica y de los principales problemas que la investigación tiene planteados en la actualidad. Como toda investigación que abarca un largo periodo de tiempo y se acerca a muchos temas, produce un efecto unificador y demasiado convincente en un lector que tiende a pensar que estas elites funcionaron y evolucionaron de la misma forma en todo el territorio peninsular.

ADELA CEPAS

FERNANDO WULFF, *Las esencias patrias. Historiografía e Historia Antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*. Editorial Crítica, colección Libros de Historia, Barcelona, 2003, 292 páginas, ISBN: 84-8432-418-4

Sugerente reflexión en la línea de los recientes trabajos de Inman Fox, (*La invención de España*, 1997), Javier Varela (*La novela de España*, 1999) o José Álvarez Junco (*Mater dolorosa*, 2001) sobre cómo se ha ido definiendo en la historiografía española la idea de España desde el siglo XVI en adelante. Su autor no realiza un mero estudio académico sino que, comprometido en todo momento con el presente, parte de una posición crítica ante la existencia de una identidad española única, natural, inevitable y obligada. Con este libro quiere ayudar a sintetizar una nueva manera de entender España, mos-

trar las falacias que encierran los movimientos nacionalistas y acabar con cualquier modelo esencialista.

Se trata, por tanto, de una historia de la idea de España que se ha ido proyectando a lo largo de la historiografía relativa a la Historia Antigua. Metodológicamente, parte del análisis de los textos que han articulado las imágenes del pasado, empezando por los de los siglos XVI-XVII, cuando se creó el modelo de historia de España "esencialista-invasorista" basado en una esencia hispana refractaria a las influencias extranjeras (Florián de Ocampo, Ambrosio de Morales, Garibay, Mariana). Siguen los ilustrados (siglo XVIII), preocupados por reivindicar la preeminencia cultural española en Europa (los hermanos Mohedano, Masdeu). A continuación, en el siglo XIX, trata de la construcción en España del Estado burgués y su empeño por generar obras destinadas a formar patriotas (Romey, Gonzalo Morón, Modesto Lafuente, Patxot, Amador de los Ríos, Gebhardt) que culminaron, durante la Primera República y la Restauración, en la aparición de diferentes modelos interpretativos del pasado dentro tanto del nacionalismo español (Cánovas del Castillo, Joaquín Costa, Morayta, Merry y Colón) como de los nacionalismos vasco (Sabino Arana) y catalán (Pi i Margall, Almirall, Prat de la Riba). El siglo XX, el apartado más lúcido del libro, queda dividido entre la tradición liberal (Rafael Altamira, Adolf Schulten, Bosch Gimpera, Menéndez Pidal, Sánchez Albornoz) y el Franquismo (Martínez Santa-Olalla, Martín Almagro Basch, García y Bellido), con sus modelos atípicos (Caro Baroja, Marcelo Vigil).

Construir el libro a base de hacer hablar a los textos que han articulado las imágenes del pasado hispánico no es tarea fácil y el lector advertirá pronto las consecuencias. A nuestro juicio, habría sido más útil incluir en anexo una antología de textos acorde con las obras citadas. Esto aligeraría las largas y a veces pesadas paráfrasis. Por otra parte, el modelo de historia de España "esencialista-invasorista" defendido aquí es poco esclarecedor en la medida que lo comparten buena parte de las historiografías europeas. El problema estriba en que el autor toma como objeto de estudio las historias generales, realizadas por intelectuales orgánicos al servicio de la corte, el Estado o diferentes grupos de poder con fines muy precisos, y no los movimientos historiográficos en sentido amplio.

Para el autor, la pervivencia durante casi quinientos años de reflexiones historiográficas sobre el pasado de España es una prueba de la existencia de una identidad española plenamente asumida y elaborada. En este punto, creemos que no valora en su justa medida la existencia de una historiografía catalana, vasca o gallega que, aunque más humilde y sin el respaldo de la Corte o las instituciones del Estado, también puede ser utilizada como prueba fehaciente de la existencia de esas diversas identidades colectivas. El autor se lamenta también que, desde finales del franquismo, existe un desequilibrio entre el proceso de desmitologización de las elaboraciones historiográficas que han articulado el nacionalismo español, y el que se ha dado en los otros nacionalismos (catalán y vasco fundamentalmente). Tal afirmación es injusta en la medida que no discrimina entre la política cultural oficial de algunos gobiernos autonómicos y el trabajo crítico de muchos de sus intelectuales.

En definitiva, como ensayo sobre la identidad española y los nacionalismos, el libro es brillante porque es crítico y, por tanto, cumple su función. La paciente pasión por el tema ha llevado al profesor Wulff a leer las grandes crónicas e historias generales de España, desde Florián de Ocampo hasta Menéndez Pidal ¡que tiene mérito! Ahora bien, en su análisis se echa en falta una elaboración más sistemática de las fuentes. Aunque puede ser que la respuesta última a las esencias patrias no

debamos buscarla en los textos sino nosotros porque, como dice Fernando Wulff, tal vez las pasiones nacionales responden en realidad a la esperanza de encontrar en el grupo de pertenencia la identidad formidable que echamos de menos en nosotros mismos.

JORDI CORTADELLA
Universitat Autònoma de Barcelona

CORTADELLA MORRAL, J., 2003: «Historia de un libro que se sostenía por sí mismo: la Etnología de la Península Ibérica de Pere Bosch Gimpera», en *Etnología de la Península Ibérica*, Pamplona. 660 páginas. Estudio introductorio: CCXLIV (244 PP.). ISBN: 84-933398-0-6.

DÍAZ-ANDREU, M., 2004: «Mélida: génesis, pensamiento y obra de un maestro», estudio introductorio a Arqueología española, de José Ramón Mélida Alinari, Pamplona, 354 pp. Estudio introductorio: CXCIX (199 pp.). ISBN: 84-933398-5-7.

Dentro del sin duda creciente interés que la Historia de la Arqueología ha logrado despertar en nuestro país se enmarcan iniciativas especialmente afortunadas. Entre ellas ocupa un lugar especial la colección *Historiadores*, editada por Urgoiti (Pamplona) y dirigida por Ignacio Peiró Martín. La colección *Historiadores* intenta ofrecer instrumentos útiles para el conocimiento de la Historia de la Historiografía española contemporánea. Se trata de ediciones no facsimilares sino críticas. Para ello, cada libro ofrece, en primer lugar, un estudio preliminar realizado por un especialista, una investigación específica sobre el autor y su obra, desde su biografía crítica, a la recepción y repercusiones de su trabajo. A continuación se reedita la obra objeto de estudio, junto a una bibliografía completa del investigador y un índice onomástico y de materias.

Gracias a esta iniciativa se han publicado en los últimos años varias obras clásicas de nuestra historiografía. Recensionamos, a continuación, dos de ellas, *La Etnología de la Península Ibérica* de P. Bosch Gimpera, a cargo de Jordi Cortadella Morral y *la Arqueología española* de J. R. Mélida Alinari, en la edición de M. Díaz-Andreu. Ambas obras contribuyen a incorporar valiosos instrumentos de análisis, son necesarias e importantes en el panorama de una Historia de la Arqueología española en el que aún queda mucho camino por recorrer.

* * *

En una visión de los grandes arqueólogos españoles del s. XX la figura de P. Bosch Gimpera ocupa, sin duda, un lugar privilegiado. Con una trayectoria amplia, sus numerosas obras y aportaciones han merecido estudios y acercamientos múltiples, aportando también nueva documentación en los últimos años (Gracia, Fullola, Vilanova, 2002). La reedición de una de sus obras más significativas, *la Etnología de la Península Ibérica*, se ha realizado con un amplio estudio preliminar de Jordi Cortadella Morral.

Con el título *Historia de un libro que se sostenía por sí mismo: La Etnología de la Península Ibérica de Pere Bosch Gimpera*, J. Cortadella explica haber querido «buscar pautas de orientación que nos permitan comprender mejor su obra». Para ello ordena su estudio de for-

ma «que el orden de las ideas de anteponga al orden cronológico de los hechos» (p. X). La consecuencia es una, creemos, acertada estructuración del estudio. En este sentido, dedica el primer apartado a analizar el impacto de la obra y su repercusión en la arqueología de la época y posterior. A continuación, examina las causas lejanas del libro, el catalanismo político y el *Noucentisme*, un contexto que conllevaría, con el tiempo, la obra de Bosch, culminación de la arqueología catalana del primer tercio del s. XX. En tercer lugar se analiza la causa inmediata del libro: el mecenazgo de Francesc Cambó y sus relaciones con Bosch Gimpera. El cuarto capítulo está dedicado a un análisis detallado de P. Bosch Gimpera, de su formación, de sus actuaciones como arqueólogo y político en Cataluña y en los diferentes países en que transcurrió su exilio. En el quinto capítulo se examina la obra que se prologa, cada uno de los capítulos de la *Etnología*. Tras el consiguiente epilogo se abre una amplia bibliografía ordenada temáticamente (856 citas). Este apartado incluye también una serie de centros de documentación comentados por J. Cortadella que logran configurar un aparato documental de gran utilidad y que dan cuenta de la investigación profunda llevada a cabo por el autor.

El estudio preliminar a esta reedición tiene como objetivo explicar las características de la obra científica de Bosch dentro del contexto de la Arqueología de la primera mitad del s. XX. La *Etnología de la Península Ibérica* (1932) es comprensible, en primer lugar, dentro de la serie de publicaciones emprendidas por el catalanismo político. La obra de Bosch subrayaba que los restos prehistóricos revelaban una España diversa cuando, precisamente en 1932, se debatía en las Cortes el proyecto de estatuto de autonomía catalán (p. XI). La obra tuvo, por tanto, una muy buena acogida en Cataluña no sólo por motivos arqueológicos sino también por su «muy útil aportación al debate político» (p. XII). Por el contrario, la casi ausencia de reseñas en el resto de España se atribuye, al menos en parte, a M. Gómez-Moreno. El «olvido», por parte de Bosch, de la labor y estudios llevados a cabo por el granadino contribuyó a deteriorar la relación entre ambos (p. XIII, XV).

Al examinar la obra de P. Bosch Gimpera resulta básica su formación en Alemania, sus sucesivas estancias como becario de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. La aproximación de J. Cortadella permite comprender el estado de la ciencia alemana así como diferenciar quiénes fueron los investigadores alemanes de los que recibió una mayor influencia. Fueron, en gran parte, los responsables de que Bosch cambiara su inicial orientación hacia la filología por la arqueológica. Estos tres maestros fueron August Frickenhaus, Hubert Schmidt y Gustav Kossinna. En efecto, a partir de sus clases con Frickenhaus, Bosch parece comprender las posibilidades que se abren en España respecto al estudio de la Arqueología (p. XLVIII). De Schmidt aprendió, fundamentalmente, las técnicas de excavación, mientras que de Kossinna recibió sus teorías sobre la interpretación étnica de las culturas arqueológicas (p. LI). De estos maestros alemanes Bosch asimiló una metodología, pero también unos objetivos de la investigación que después iba a aplicar en Cataluña. Así, por ejemplo, la introducción de los mapas cartográficos o la interpretación étnica de los materiales arqueológicos por parte de Kossinna se basaba en la idea de Herder respecto a la indivisibilidad de los aspectos de la civilización en tanto que espíritu nacional (*Volksgeist*). Esta idea de la identificación de los rasgos del *Volksgeist* había enraizado también en el catalanismo político. Ampurias era, entonces, el mito *noucentista* de la Cataluña griega (p. XXXI).

En definitiva, Bosch aprendió en Alemania un bagaje

teórico marcado por la escuela histórico-cultural alemana. El objetivo prioritario era rastrear el origen y difusión de las culturas antiguas a través de su cultura material. Y aprendió, también, el valor de la prehistoria para comprender y actuar políticamente sobre el presente (p. LI). A su vuelta a Barcelona se inicia una etapa definida por J. Cortadella entre los años 1915 y 1930. En realidad, la preparación de esta etapa se había iniciado antes. Después de la visita de Schmidt a Barcelona en 1912, Puig i Cadafalch le propuso a Bosch que, si volvía a Berlín, a su vuelta le encomendaría un servicio de excavaciones junto con A. Duran i Sanpere y J. Colominas. Bosch tenía entonces 22 años (p. XLI). A partir de 1915 se inicia una etapa muy intensa, marcada por el deseo de conocer la primera historia nacional catalana, proyectarla y relacionarla con el entorno para justificar el sustrato federal de la etnología peninsular (p. XLI). De esta primera etapa el autor destaca el ascenso fulminante de Bosch: Doctorado en Letras y beca en Alemania con veinte años, responsable del *Servei d'Investigacions Arqueològiques* con 24 años y Catedrático a los 25.

A su vuelta a Barcelona no olvidaría lo visto y aprendido en Alemania. En el curso académico de 1917-1918, y tomando como modelo las universidades alemanas, Bosch organizó el Seminario de Prehistoria en la Universidad de Barcelona (p. LXXXVII). Así mismo, la arqueología histórico-cultural que había aprendido sería la base de sus planteamientos. En esta época comienza también la proyección y reconocimiento internacional del autor. A partir de 1922 se abre, en opinión del autor, un período fundamental en la trayectoria científica de Bosch. La dictadura de Primo de Rivera le hizo politizarse (Casasas, 1989; p. LVIII). En parte, la brillantez de su carrera científica se debió a su lúcida visión de asociar el cargo del *Servei d'Investigacions Arqueològiques* con su cátedra en la Universidad (p. LXII). Sin embargo, esta acumulación de cargos le conllevó también enfrentamientos con otros investigadores catalanes.

A lo largo de las páginas Cortadella va dibujando la figura humana de Bosch, un propósito que concreta en el apartado «La persona (imagen y recuerdo)», que recoge importantes testimonios de la época que hablan de su gran vitalidad física: Era «corpulento y de estatura mediana, amante del buen comer» (p. LXXVII). Era un «hombre decidido, con tal empuje que parecía capaz de comerse el mundo» (p. LXI). Cortadella le define como deseoso de «popularidad, alboroto y, también, algo de vanidad» (p. LIX). Un hombre que, según testimonios, «desde la adolescencia, daba la impresión de saber donde iba». En su trato «se le describe como un hombre pragmático e íntegro, buen conversador y de una extraordinaria curiosidad. Gran políglota, aunque despreocupado por las cuestiones gramaticales». En cuanto a su obra científica detalla cómo, «mas que a la recogida paciente de datos, Bosch se consideraba un hombre inclinado a esquematizar, a trazar grandes cuadros, abrir caminos y sentar bases» (p. LXXVIII). Cortadella le describe como un «inigualable arqueólogo de gabinete gracias a su perfecto dominio de la bibliografía internacional» (p. CXXXVI). En cuanto a sus creencias religiosas y políticas «se definía a sí mismo como cristiano ecuménico más que como católico y políticamente, como liberal, republicano y federalista pero no separatista» (p. LXXXIX).

Entre 1931 y 1939 se sitúa la etapa en que encontramos al político. En efecto, y aunque antes no había destacado por su activismo político (p. LXIII), a partir de 1931 esto cambió. Con su cargo de Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Barcelona a partir de 1931, Bosch abría una nueva etapa que le llevó a sumir importantes responsabilidades más allá de la esfera arqueológica. Así, llegaría a ser Rector de la Universidad de

Barcelona entre finales de 1933 y 1939. En 1935 se incorporó a la *Acció Catalana Republicana* y, como miembro del partido, fue nombrado en 1937 *Conceller de Justícia* (p. LXIV).

Conocidos ya varios aspectos del exilio del investigador (1939-1974) Cortadella realiza un valioso análisis de su papel dentro de la ciencia mejicana. Examina la arqueología y antropología de este país a la llegada de Bosch y por qué motivos éste no se adecuaba a sus objetivos y prioridades. Así, «la gran paradoja de Bosch consiste en que llegó a México acompañado de una gran aureola fruto de su prestigio académico e internacional (...), lo que le permitió incorporarse a la elite de la antropología mexicana la cual, y ahí recae el problema, se sentía completamente extraña o muy poco receptiva al estudio de las problemáticas del Viejo Mundo» (p. LXXIII).

La herencia intelectual de Bosch es, también, objeto de análisis. El investigador catalán y sus discípulos «lograron consolidar los estudios de Prehistoria y Protohistoria en Cataluña, además de conectarlos con los del resto de Europa» (p. LXXXV). Se formó, así, la «Escuela Arqueológica de Barcelona, con un modelo conceptual y unos objetivos, cuya consagración llegaría con el IV Congreso Internacional de Arqueología (Barcelona, 1929) y la publicación de la *Etnología* (1932)» (p. LXXXVIII). Aunque el autor advierte que no existía una doctrina uniforme para todos ellos, Cortadella enumera algunas de las características de esta escuela, como el intento de relacionar culturas prehistóricas y pueblos históricos dentro de una visión histórica amplia, la preferencia de la difusión como explicación del cambio cultural y la valoración de las raíces prehistóricas hispánicas. Todo ello unido al esfuerzo por establecer contacto con escuelas científicas de otros países (p. XC). Definido así este grupo, sería interesante abordar, en el futuro, un estudio comparativo entre los objetivos y metodología de esta escuela y la arqueología de otras partes de España, como la realizada en Madrid por M. Gómez-Moreno o H. Obermaier.

A continuación, Cortadella expone su amplio y valioso estudio de la obra reeditada, la *Etnología de la Península Ibérica*. Su intención es lograr que el lector «pueda ir al libro no sólo sabiendo lo que va a leer sino también estimulado hacia su lectura» (p. CI). Aparecida en un momento oportuno, política y culturalmente, la *Etnología de la Península Ibérica* presentaba la Prehistoria peninsular en términos de culturas arqueológicas, no de épocas (p. CI). Las síntesis de Bosch eran «construcciones acumulativas que seguían el principio neopositivista de la yuxtaposición de datos verificados documentalmente. Había en él una obsesión por la descripción frente a la interpretación. El objetivo era elaborar secuencias de monografías progresivamente más amplias, basadas las unas sobre las otras, hasta alcanzar la gran síntesis general» (p. CII, nota al pie 321). Bosch concebía la continuidad de la cultura material como continuidad étnica (p. CIX). Creía en los principios difusionistas como forma de cambio cultural pero «desde el Neolítico a la Edad del Hierro sus planteamientos pueden ser considerados autoctonistas» (p. CX). Metodológicamente resulta fundamental el criterio tipológico de cara a definir las diferentes culturas y la adopción del «método prusiano», consistente en llevar un diario de excavaciones con un inventario riguroso, junto con un fichero gráfico (p. CXXIV-CXXVI).

Las conclusiones de la *Etnología* le llevaron a realizar una larga enumeración de pueblos que sitúa y explica en la Prehistoria. Localizó cada grupo, estudió su cultura arqueológica e intentó adscribir cada uno a cuatro grandes grupos étnicos. Para Bosch, los pueblos peninsulares permanecieron multiformes y ricos en matices incluso cuando se infiltró en ellos un elemento de unidad que los organizó (p. CXXIX). Esta interpretación despertó un gran

interés político en un momento en que las Cortes discutían el estatuto de autonomía catalán. Bosch ya había expresado posturas parecidas en 1922, momento de su discurso de entrada a la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. El investigador catalán imaginó la formación de la cultura ibérica a partir de la sedimentación de las culturas prehistóricas, transformadas por las influencias fenicio-cartaginesas y griegas, con un aluvión céltico (p. CXXVIII). El estudio de la Prehistoria le llevó a elaborar su teoría sobre la dialéctica entre la España indígena y la superestructura (romanos, visigodos, árabes, austrias y borbones) (p. CXXXI).

La Historia de la Arqueología nos permite comprender, también en este caso, la importancia que nuestra ciencia ha tenido y tiene dentro de la historia de las naciones y en los orígenes de las comunidades humanas y sus sucesivas reformulaciones (Murray, 2002, 238). En opinión de Cortadella, la concepción de Bosch acerca del proceso histórico y del peso que tiene en él la composición étnica primitiva, aspectos claros en la *Etnología*, era, por un lado, resultado directo de la escuela histórico-arqueológica en que se había formado y, por otro, el reflejo de la cultura historiográfica catalana. En conjunto, el estudio de esta fundamental figura que fue P. Bosch Gimpera permite acercarnos a comprender cómo se formó el edificio de la Arqueología moderna en la Península Ibérica.

BIBLIOGRAFÍA.

- Casassas, J., 1989: *Intel·lectuals, professionals i polítics a la Catalunya contemporània (1850-1920). Estudi sobre les bases culturals i estratègiques del catalanisme*, Barcelona.
- Gracia, F. Fullola, J.M. y Vilanova, F., 2002: *58 anys i 7 dies. Correspondència de Pere Bosch Gimpera a Lluís Pericot (1919-1974)*, Barcelona.
- Murray, T., 2002: Epilogue: why the history of archaeology matters, en *Antiquity* 76, Special Section, *Ancestral archives: explorations in the History of Archaeology*, pp. 234-238.

* * *

De los grandes estudiosos pioneros de la Arqueología española, entre la ciencia practicada en el s. XIX y el XX, José Ramón Mélida ha sido uno de los más importantes y también, tradicionalmente, objeto de escasos acercamientos. La *Arqueología española* de Mélida se reedita ahora en la colección de Historiadores a partir de la primera edición, publicada por la Editorial Labor de Barcelona en 1929. En el estudio preliminar, realizado por Margarita Díaz-Andreu, *Mélida: génesis, pensamiento y obra de un maestro*, encontramos una intención de globalidad, de comprender la vida y actuaciones del ilustre pionero así como de proporcionar un marco amplio que haga entendible la obra que se reedita. El objetivo principal de este estudio introductorio puede leerse al final del apartado «Bibliografía (in)completa». M. Díaz-Andreu declara, aquí, cómo su estudio se ha basado en Mélida «observándolo como metáfora para la práctica arqueológica en los finales del siglo XIX y principios del s. XX» (p. CLXXI). Estas palabras muestran claramente esta voluntad y perspectiva global de la autora, el objetivo de comprender a Mélida en tanto que maestro pero también dentro de una dinámica amplia de la Arqueología española que hace entendible su trayectoria profesional. En definitiva, se trata todo el proceso histórico de constitución y profesionalización de nuestra disciplina, el entra-

mado de relaciones e instituciones que conformaron la Arqueología española que hoy conocemos.

El estudio preliminar se estructura en siete grandes apartados. El primero, titulado «Frente a Mérida», nos introduce al acercamiento, objetivos y prioridades de la autora. El segundo – «Un Mérida llamado Pepito»– nos descubre la infancia, entorno familiar y circunstancias de su formación hasta la Escuela Superior de Diplomática. El tercer capítulo analiza los primeros pasos de la dedicación profesional de Mérida, su entrada y ascenso dentro del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios, sus conferencias, contactos y actividades dentro de instituciones como la Institución Libre de Enseñanza, el Ateneo, la Sociedad de Excursiones, así como en otras como la Casa de Villahermosa. Esta etapa comprende también significativos viajes como los realizados a Grecia, Turquía, París y Lisboa, que ahondarían la formación del investigador. Un cuarto apartado analiza la trayectoria de Mérida hasta alcanzar los puestos que lo consagraron. Se analiza, así, su actuación dentro de las Reales Academias de Bellas Artes de San Fernando y de la Historia, su dirección del Museo de Reproducciones Artísticas y del Museo Arqueológico Nacional y la llegada a la cátedra en la Universidad de Madrid. Destaca, en este apartado, su preocupación respecto al patrimonio histórico español. La autora examina el fenómeno del elginismo, y la labor de Mérida en la consiguiente creación de Comisiones, así como en el proceso de elaboración de leyes que frenasen la exportación ilegal de bienes y monumentos arqueológicos, artísticos y arquitectónicos. Su trayectoria profesional amplia se completa también con la presidencia de organismos como la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria (SEAE). Una última actuación significativa en la trayectoria profesional de Mérida fue, sin duda, su labor en el IV Congreso Internacional de Arqueología de Barcelona.

Un quinto apartado está dedicado a examinar la teoría y la práctica arqueológica en la obra de Mérida, prestando una especial atención a la influencia del positivismo en sus obras, el idealismo nacionalista y su convicción respecto a la necesidad de hacer catálogos. Igualmente ilustrativo resulta analizar la evolución del investigador respecto a los períodos y culturas a los que se dedicó, desde su primera atención por Egipto, hasta su mayor inquietud por las antigüedades peninsulares destacando aquí su dedicación al Cerro de los Santos y Numancia. A continuación, en el capítulo sexto, se evalúan las consecuencias de esta *Arqueología española* de Mérida. Desde su significativo y pionero papel como manual hasta la repercusión de la obra en citas posteriores. Se intenta, así, establecer la influencia que habría tenido en su generación y en otras posteriores. El estudio preliminar finaliza mediante una nota a la edición, un apéndice, una bibliografía y un índice que la autora considera de gran importancia para los estudios historiográficos (p. XVIII). El apéndice es el programa de la asignatura Concepto e Historia del Arte para la Escuela Central de Artes y Oficios, que fue presentado por Mérida para su oposición a cátedra en 1896. Nos desvela, así, los aspectos considerados por él más significativos. La bibliografía, que anuncia (in)completa, constituye una recopilación muy valiosa en este autor de obra tan dispersa.

En este estudio destacan varios aspectos significativos. Por una parte, el firme empeño de conocer a Mérida como persona, una cuestión que intuimos desde el mismo título del Capítulo I –Frente a Mérida– como en los intentos de recrear el ambiente familiar, sin duda propicio, en que se educó el joven Mérida, Pepe o Pepito. Para comprender a la persona hay que tener en cuenta aspectos sobre

los que la autora ha ahondado como las aficiones y obras literarias del joven Mérida y el intento de convertirse en escritor (p. XX).

Indicativo también de la diversidad de campos que atendió el maestro resulta la elaboración de un *Vocabulario de términos de arte escrito en francés por J. Adeline. Traducido, aumentado con más de 600 voces y anotado por José Ramón Mérida*, que la autora relaciona con la voluntad de popularizar la ciencia, cuestión que considera una constante en la trayectoria de Mérida y que le llevará, incluso, a la redacción y publicación de la *Arqueología Española* (p. XXXIX). Así, pues, M. Díaz-Andreu sitúa la génesis de esta obra en el empeño de dar a conocer, de manera sintética y global, el estado de los conocimientos sobre la Arqueología en España. Esta actitud creemos que se entiende dentro de un amplio movimiento amplio de la época (Sánchez-Ron, 1996) que se plasma en instituciones como la *Asociación Española para el Progreso de las Ciencias*. En el fondo, esta actitud regeneracionista remite a la voluntad, acrecentada tras la crisis del 98, de conocer mejor las raíces de España.

La importancia de la Arqueología española aparece en su plenitud si comprendemos la anterior ausencia de obras similares o manuales. En el mismo año de su edición se celebraba, también en Barcelona, la Exposición Universal y el IV Congreso Internacional de Arqueología. Un año, pues, lleno de logros y de planificación de proyectos que, en gran parte, quedarían después truncados.

La reflexión y análisis de la autora aparece a lo largo de la obra en varios temas significativos. En primer lugar, destaca el papel del clientelismo en la Arqueología española, un asunto que considera central y que reaparece a lo largo del libro. El clientelismo o sistema de cooptación por el que se accede a la carrera investigadora o institucional se regula, según la autora, en función de la fidelidad del candidato a los deseos del superior y no necesariamente en función de su calidad docente o investigadora. En su amplia reflexión sobre el tema, la autora incluye la dimensión de las estrategias seguidas por el «cliente» a la hora de elegir al que será su patrón (p. XV). El funcionamiento de este sistema clientelar se encontraba presente, en realidad, en todos los aspectos institucionales del Estado (p. XCIII). Basado en las relaciones de dependencia personal creadas entre el patrón y el cliente, este sistema es visto como una de estas continuidades del Antiguo Régimen en la cultura española. La acción del «patrón» era clave hasta el punto de considerar cómo, si la protección de Juan de Dios de la Rada y Delgado no hubiera sido efectiva, Mérida se habría dedicado a otro mundo alejado de las antigüedades (p. XXXIX).

Dentro de esta dinámica del clientelismo M. Díaz-Andreu sitúa la relación entre J. R. Mérida y M. Gómez-Moreno, que califica de «intuida creciente enemistad» (p. XCVI) y que, en último término, sería la causa de que Mérida no entrase en el círculo del Centro de Estudios Históricos, esfera de actuación de Gómez-Moreno (Rodríguez, 2002). El posible origen de esta relación difícil estaría, según la autora, en el proceso que se abre tras el fallecimiento de Juan Catalina y García en 1911 y su cátedra vacante, que iba a permitir la entrada en la Universidad de A. Vives, J. R. Mérida y, tras presiones de E. Tormo para que se creara la cátedra de Arqueología Árabe, de M. Gómez-Moreno.

Bajo esta perspectiva se analiza también los supuestos discípulos de Mérida: B. Taracena y A. García y Bellido. M. Díaz-Andreu pone en cuestión esta relación de maestro-discípulo y atribuye la negativa de los alumnos a convertirse en discípulos de Mérida a la estructuración de la Arqueología a partir de 1907. Con la creación de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas se habían favorecido ciertos organismos, como el

Centro de Estudios Históricos, y provocado cierta exclusión de otros investigadores no incluidos en ciertos círculos. Entre éstos últimos se habría encontrado Mérida. En conjunto, la perspectiva del clientelismo que la autora analiza con profundidad constituye una vía susceptible de mayores investigaciones en el futuro, con vistas a dibujar las relaciones personales que, sin duda, influyeron notablemente en la Arqueología española.

Encontramos también el necesario análisis epistemológico de la obra de Mérida, así como su principal ocupación respecto a ciertas culturas y períodos y no otros. Su mayor influencia foránea vendría, al igual que para otros investigadores de la época, de Francia. El positivismo francés conllevaría que Mérida abogase por una toma escrupulosa de los datos a partir del original y el desarrollo de una metodología diferente a la retórica dominante en el s. XIX. Esta voluntad era, como se ha señalado, compatible con planteamientos o pretensiones nacionalistas. Así, los hechos investigados podían integrarse en un preestablecido esquema nacional (Jover, 1999, 278).

Lejos de centrarse tan sólo en los logros o cargos detentados es acertado que el estudio analice también los caminos truncados, sus intentos, por ejemplo, dentro de la Institución Libre de Enseñanza o el Ateneo de Madrid. Estos intentos fallidos cambiarían a partir de principios del s. XX: hablando de las condecoraciones recibidas por Mérida, la autora señala cómo el investigador «tuvo en

esto, como en casi todo, suerte a partir del cambio de siglo». (p. LXXVIII). Todos sus intentos, logrados o fallidos, configuraron la personalidad, relaciones y obra de esta interesante figura de la Arqueología española. Con su estudio introductorio, M. Díaz-Andreu nos descubre y analiza, en profundidad, la personalidad y obra de J. R. Mérida y, con ello, aporta nuevas perspectivas en el análisis de un importante período de nuestra historia como disciplina.

BIBLIOGRAFÍA.

- Jover Zamora, J.M., 1999: Corrientes historiográficas en la España contemporánea, en Jover Zamora, J.M., *Historiadores españoles de nuestro siglo*, pp. 25-272, Madrid.
- Rodríguez Mediano, F., 2002: *Pidal, Gómez-Moreno, Asín. Humanismo y Progreso. Romances, monumentos y arabismo*, Tres Cantos.
- Sánchez Ron, J.M., 1996: Aproximación a la historia de la ciencia española contemporánea, en VV.AA., *El CSIC. Medio siglo de investigaciones*, 20-40, Madrid.

SUSANA GONZÁLEZ REYERO
Dpto. Prehistoria y Arqueología.
Univ. Autónoma de Madrid